

59

"SPACE BOYS"

W. SAMPAS

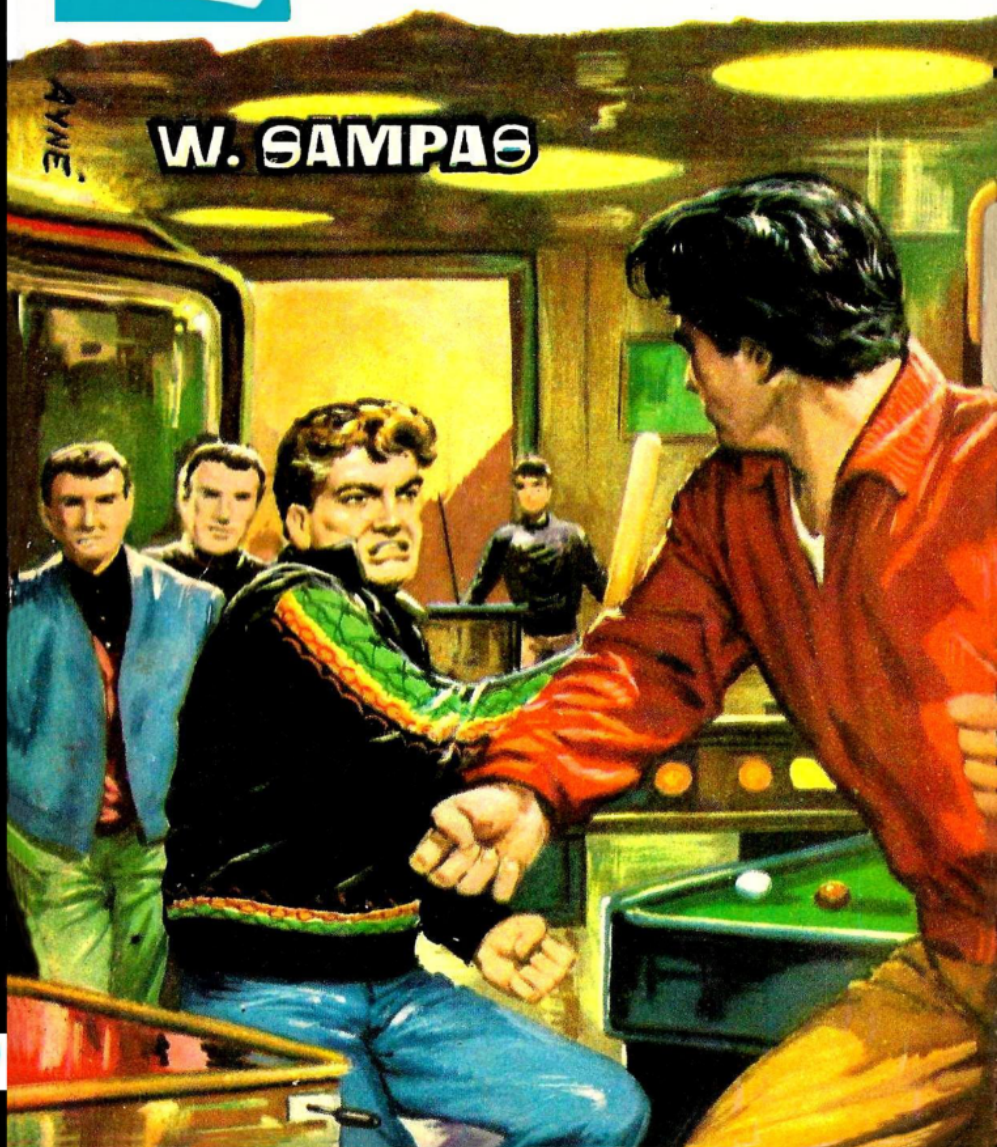
SIP

S.I.P.

**SPECIAL
INTERNATIONAL
POLICE**

"SPACE BOYS"

W. SAMPAS



SPACE BOYS



«Space Boys»

Por

W. Sampas



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

© Ediciones Toray, S. A. — 1961

Depósito legal B. 317 - 1961

Número de Registro: 6.217 - 61

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

T. G. PERALTA — Pasaje de Núria, 8 — BARCELONA

INTRODUCCIÓN

A partir de mediados del siglo XX, la Humanidad empezó a conocer una modalidad de delitos que hasta entonces había ignorado: la delincuencia juvenil. Los «J 3» en Francia, los «Teddy boys» en Inglaterra, los «Heligolands» en Polonia. Por doquier, al amparo de la desastrosa mentalidad de la postguerra, los jóvenes, mejor sería casi decir los niños, se lanzaron por un camino que había pertenecido hasta entonces a los mayores. Las fuerzas policíacas de todo el mundo, los educadores y los padres, éstos sobre todo, se encontraron ante un pavoroso problema con el que no habían contado, sobre todo en el alarmante aspecto que adquirió, a medida que los jóvenes se consideraron en un mundo aparte, en una especie de universo que ellos mismos se habían creado, imitando, desdichadamente, sólo la parte mala de los mayores.

Casi cien años más tarde, la SIP tuvo que enfrentarse con algo parecido, que surgió en una de las más flamantes ciudades que el hombre había levantado fuera de la Tierra: New City, la capital de Marte, con sus ocho millones de habitantes, llena de fuerza vital, joven y fuerte como los muchachos que tantos quebraderos de cabeza dieron a la Spacial International Police.

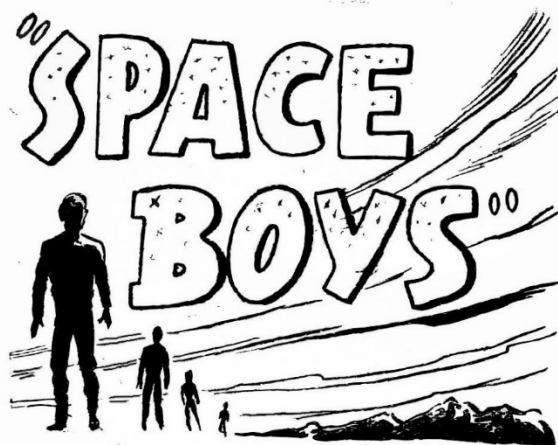
Una Ley dictada por el Consejo Mundial veinte años antes especificaba claramente que ningún menor de dieciocho años podía sufrir penas de duración superior a seis meses de permanencia en un Instituto Pedagógico de Readaptación y que, en ningún caso —artículo 222 de la misma Ley—, podría ser condenado a muerte, considerando que un homicidio cometido por un niño había de ser siempre asunto del psicólogo o del psiquiatra más que del juez.

La Sociedad de Protección para la Juventud (SPJ), desempeñó un papel primordial en la confección de dicha ley. Y fue también ella la que no cesó de influir sobre las autoridades para frenar los impulsos de las fuerzas del Orden, impidiéndoles en muchísimos casos una actitud severa y decidida contra la delincuencia juvenil.

Aquellos jóvenes difíciles se llamaban a sí mismos «Astronautas», nombre que se hizo tristemente célebre en aquellos tiempos. Y desde el principio, Donald Callowan luchó por paliar las cosas, por delimitar los problemas, por encauzarlas hacia un camino sencillo. Pero no contaba con la mentalidad de

los «peques» y su decidida tozudez en demostrar a todo el mundo que eran «mayores» y que debían considerarlos como a tales.

¡Y Callowan estuvo a punto de hacerles caso y tratarles como criminales adultos!



CAPÍTULO PRIMERO



LAUDE se miró al espejo. Acababa de salir de la ducha y ahora secaba su juvenil cuerpo, mirándose con atención, con ese narcisismo común y normal a los quince años. Era alto y parecía de más edad. Su tórax estaba empezando a adquirir anchura y unos esbozos de bíceps se levantaban ya en sus brazos al flexionarlos.

Era de piel morena y había procurado intensificar el color bronceado de su cuerpo permaneciendo bastante tiempo bajo las lámparas de ultravioletas en el gimnasio del Star Club.

Después de vestirse, se dirigió a la cocina. Se detuvo ante la máquina electrónica, algunas de cuyas teclas pulsó para que ella le preparase un copioso desayuno. Eligió mermelada de melocotón y tarta y café bien cargado.

Luego consultó el reloj.

Eran las nueve menos cinco, demasiado tarde para ir al colegio. Pero ni por un momento había pensado Claude en ir. De los cinco días de la semana hábiles, Claude, como los otros, iban uno sólo, el lunes, día en que pasaban lista, y no volvía a aparecer por la clase hasta la semana siguiente.

Los padres de Claude se iban de casa muy temprano; ambos trabajaban en las nuevas empresas que estaban convirtiendo la ciudad en una de las más grandes del Sistema. La llegada de aquella época de esplendor y de trabajo había hecho que muchísimas parejas, como los padres de Claude, se lanzasen a aumentar sus ingresos, trabajando ambos, pues había labor para todo el mundo y permitiéndose así aumentar considerablemente sus ingresos, con la esperanza de que la Empresa que les había contratado, les diese, un año más tarde, un terreno en propiedad en la nueva zona norte, donde podían construirse, con lo ahorrado, una linda casa.

No era de extrañar, pues, que aquello fuese un atractivo para hombres y mujeres y que, a partir de las seis de la mañana, casas enteras, manzanas, barrios, quedasen sin los adultos, quienes por todos los medios de locomoción posible se alejaban de la ciudad y no regresaban hasta bien entrada la noche.

A veces, cuando el trabajo lo requería, permanecían semanas enteras lejos de sus casas.

Para los chicos de las zonas obreras de New City, aquello había sido algo inesperado, un regalo en el que ninguno de ellos se hubiera atrevido a soñar. Y desde que la ausencia de sus padres dejó sin control sus ya bastantes movidas existencias, chicos y chicas creyeron que una nueva vida había empezado para ellos y que la ciudad, como todo cuanto les rodeaba, les pertenecía por completo.

Hasta las escuelas relajaron la severidad de su vigilancia de antaño, pues muchos profesores habían desertado de sus puestos para ir a trabajar a las zonas del norte, donde los sueldos eran magníficos y las posibilidades de prosperar muchísimo más seguras que en la enseñanza.

Se nombraron vigilantes, profesores auxiliares entre los más viejos de la ciudad, gente que ya se había retirado y que había perdido la costumbre de luchar contra los jóvenes.

En el fondo, aquellos pobres viejos, sacados de la tranquilidad de sus casas, donde disfrutaban de un merecido descanso, preferían ver semivacías sus clases, a verlas pobladas por bandas de energúmenos a los que no podían dominar en modo alguno.

Claude sonrió.

Estaba pensando en el viejo Carter, su profesor de Historia, quien le había dicho, con una claridad en la que se leía el temor, que prefería que no fuese a clase más que los lunes. Y aquellos días porque el inspector escolar de cada distrito pasaba para comprobar la asistencia a las escuelas.

Terminó de desayunar y arrojó los platos y la taza de cartón en el

incinerador. Luego sacó su paquete de cigarrillos, encendió uno y se dirigió hacia la habitación de sus padres.

Al acercarse a la mesilla de noche, vio los bonos para el restaurante y un billete de cinco créditos.

Torció el gesto.

—¡Lo de siempre! —exclamó con rabia—. ¿Es que me toman por un bebé? ¿Qué diablos querrán que haga con cinco cochinos créditos? Y si creen que voy a ir al comedor del barrio, es que están completamente locos.

Arrancó con furor los bonos del restaurante y se metió despectivamente el billete en el bolsillo del pantalón.

Luego abandonó la casa, dejando la llave en la cavidad donde solía esconderla, por si ellos llegaban antes de que él regresase. Cosa que ocurriría seguramente.

Una vez en la calle, Claude respiró con fruición el aire fresco de la mañana. Olvidó de repente lo del billete y los bonos. Y metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón, empezó a pasearse calle abajo, silbando ostensiblemente una canción de moda.

—¡Eh, Oris!

Sabía que Pierre estaba en la ventana, esperando que él apareciese para llamarle. Pero no se detuvo inmediatamente, siguiendo su camino y dejando que el otro insistiese.

Así aprendería aquel «novato».

Porque Pierre Santal era el último del grupo al que Claude pertenecía y estaba claro que tenía que hacer lo imposible para congraciarse con los «poderosos» de la banda.

Una banda que, después de todo, no contaba más que con tres miembros: Jean Melain, el jefe, Claude Oris, y el nuevo, Pierre Santal.

Pero había que hacer respetar la «veteranía».

Finalmente, Claude levantó la cabeza, mirando al muchacho que seguía llamándole con insistencia desde la ventana.

—¿Qué quieres? —inquirió fríamente.

—Espera, voy a bajar enseguida...

Tiró la colilla al arroyo y encendió otro cigarrillo cuando vio la grácil silueta de la muchacha que avanzaba hacia él, por la acera, con una cesta bajo el brazo.

Se pasó la lengua por los labios.

No había duda alguna de que Paola era la muchacha más guapa de todo el barrio. Claude sabía que no tenía novio y conocía también el motivo: su hermano Pietro.

Los Lorini vivían en la parte baja del barrio, en una zona mixta, donde las

nacionalidades de origen no eran respetadas. Allí tenían su banda los «Americanos», mandados por el terrible Joe Porter que, a sus catorce años y medio, se había impuesto como indudable «duro» entre todos los jóvenes de la ciudad.

Y Pietro, no menos «duro» que el jefe, formaba parte de la banda, donde también había un negro, un muchacho de quince años, Al «White», de carácter tampoco nada cómodo.

Al principio, cuando Claude conoció a Paola en una fiesta del barrio, quiso «alistarse» a la banda de Joe, pero desistió de ello porque pensó que en ella no sería más que uno más, mientras con Jean se había convertido en su segundo, «su hombre de confianza».

La muchacha avanzaba, mirándole ahora con descaro.

Era alta, por lo menos tres dedos más que Claude. Como éste, tenía la piel bronceada, pero Paola no necesitaba ir a gimnasio alguno para exponerse a los rayos ultravioletas. Aquel era su color natural, el de su raza.

Esbelta, una mujercita ya, poseía una cabellera negra, tan intensamente negra que los reflejos que la luz ponía en sus cabellos les hacía parecer azules.

Ojos grandes, rasgados, labios pintados de color oscuro y una naricilla respingona, que parecía poner una nota de divertida insolencia en el óvalo correcto de su rostro.

Ella se detuvo al llegar a su altura.

Saludó:

—¡Hola, Claude!

A pesar del esfuerzo que hizo, el muchacho se sintió enrojecer, porque se enfureció interiormente por no poder controlar sus propias reacciones.

Dominándose cómo pudo contestó:

—¡Hola, preciosa!

La sonrisa de la muchacha se amplió un tanto, mostrando una dentadura perfecta y blanquísima.

—¿Sabes que me gustas mucho, Claude? —dijo, con una mueca picaresca en los labios.

Oris se estremeció. Y temiendo la burla de aquella muchacha, hizo un esfuerzo por sonreír a su vez, demostrando una indiferencia que estaba muy lejos de sentir.

—¿De veras? —contestó con el mismo tono que ella había utilizado y encendiendo el cigarrillo para poder reflexionar mientras.

—Es cierto, Claude. Lástima que no seas un tipo como los demás.

Él frunció el entrecejo.

—¿Qué quieres decir?

—Que, si por un momento yo me arriesgase a ser tu novia, ¿serías capaz

de defenderme contra los otros?

Con el pitillo entre los labios, Claude cerró los puños.

—¿Dudas de mi hombría? —preguntó con voz áspera.

—Es posible que seas un valiente —replicó ella, con cierta precipitación—. Pero una muchacha como yo no puede fiarse. ¿Harías algo si te lo pidiese, Claude?

Había puesto una mano sobre el brazo del muchacho y éste se estremeció.

En realidad, desde que ella se había detenido a su lado, Claude creía soñar, pues sólo la había visto algunas veces y ella jamás le dirigió la palabra.

Mientras pensaba lo que ella acababa de preguntarle, vio a Pierre que estaba esperando, prudentemente, en la puerta de su casa, no atreviéndose acercarse a Claude mientras éste estuviese con la muchacha.

Sonrió, al saberse respetado de aquella manera. Luego muy dueño de sí preguntó:

—¿Qué quieres que haga?

—Hay una falda preciosa en «William's», ¿sabes? en la Tercera Avenida.

—Nunca me han interesado las faldas.

—Pero a mí sí. Estoy loca por una que hay en el escaparate. Vale cien créditos.

Claude se estremeció.

Y ella, haciendo ademán de alejarse, dijo:

—Ya veo que no te interesa complacerme. Creía que eras ya todo un hombre, Claude. Pero me he equivocado. Sigues siendo el mismo mocoso de antes. Adiós.

Oris extendió una mano, agarrando a la muchacha por un brazo.

—¡¡Espera!!

Ella se detuvo y con una mueca dijo:

—No hay nada que hablar, Claude. Me he equivocado y en paz.

—Te he dicho que esperes.

Había levantado la voz para que Pierre se diese cuenta de cómo trataba a la linda muchacha.

Luego bajó el tono hasta hacerlo casi inaudible y dijo:

—Tendrás esa falda: te lo prometo.

Ella sonrió, ampliamente.

—¿Cuándo, Claude?

—Hoy mismo.

—Eres un sol. ¿Dónde quieres que nos veamos y a qué hora?

Claude reflexionó unos instantes. Después dijo:

—A las diez, en «Carter's». ¿Sabes dónde es?

—Sí. Hasta luego. Y puedes decir a quién quieras que ya eres mi novio.

Claude enrojeció otra vez. Y la vio alejarse, experimentando una sensación de gozo y de orgullo que no podía explicarse del todo.

Fue entonces cuando Pierre se acercó.

—¡Vaya pimpollo! —exclamó para halagar a Claude.

—Es mi novia.

—¿Eh? —el rostro de Santal expresó un sincero asombro—. ¡Pero si es la hermana de Pietro Lorini! ¡Y ése es de la banda de los «Americanos»!

—¿Y qué? Paola es mi novia y eso no importa a nadie más que a ella y a mí.

Peter le miró con admiración.

—¡Eres un tío grande, Claude!

Oris se encogió de hombros.

—Vamos a buscar al «boss» —dijo—. Debe de estar esperándonos en el Star Club.

Empezaron a andar en la dirección opuesta a la que la muchacha había tomado.

¡Paola!

Ahora que había pasado el momento de emoción y que podía considerar las cosas con frialdad, Claude daba cuenta de la enormidad de lo que había prometido.

¿Cien créditos?

¿De dónde diablos iba a sacar una suma como aquella?

Pierre, que le vio cambiar de color, al tiempo que fruncía el entrecejo, le miró con fijeza.

—¿Te ocurre algo malo, Claude? —inquirió.

Oris exclamó:

—Que no tengo más que cinco créditos. ¿Crees que no es suficiente para ponerse de mal humor?

—Yo no puedo ayudarte. Sólo llevo medio crédito.

—Ya me lo imaginaba. ¿Es que tus padres no te dejan nada?

—Se lo dejan a mi hermana mayor. Y ella dice que con cincuenta centavos hay bastante para un chico como yo.

—Si yo tuviera una hermana así, ya haría tiempo que le habría demostrado que no se puede jugar con un «Astronauta».

—Es que ella no sabe que lo soy.

—Pues debes decírselo. Y, si tienes miedo de hacerlo, Jean o yo iremos a

verla con el recibo del mes, puesto que ya te dijimos que debías pagar tres créditos al mes para ser de nuestra banda.

Santal bajó la cabeza.

—Mamá me los dará; ella me quiere mucho.

—Bueno. Poco importa quién te lo dé. Y en cuanto a tu hermanita, ya iremos a verla un día de estos.

—Tú no conoces a Bertha. Es fuerte y mucho más alta que la hermana de Lorini.

Claude se sintió molesto por la comparación.

—Pero no será tan bonita, ¿verdad?

Había llegado ante el Star Club, que ocupaba toda la planta baja de un edificio de diez pisos. Un enorme letrero coronaba la parte superior de la entrada.

Los dos muchachos empujaron las puertas de vaivén y penetraron en el interior. Nada más hacerlo, un estruendo enorme les envolvió. La sala estaba llena de jóvenes, muchos de ellos jugando ante las máquinas electrónicas; otros estaban ante los billares. Al fondo, en el gimnasio, que se veía a través de la puerta abierta, unos cuantos se ejercitaban con pesas o aparatos. También había dos que boxeaban en el minúsculo *ring*.

Claude respiró a pleno pulmón el ambiente caldeado del Club. El humo de los cigarrillos subía en densas nubes azuladas, y permanecían unos instantes pegadas al techo, para después escapar por las ranuras de los ventiladores laterales.

Allí se reunían la totalidad de las bandas. Claude, mientras avanzaba hacia el lugar donde su amigo debía estar como de costumbre vio a los jefes y miembros de las otras pandillas.

Allí estaba Peter Dusen, el «boss» de los «Ingleses» y un poco más allá, enfrascado con sus amigos ante una de las más complicadas máquinas electrónicas. Joe Porter, el jefe de los «Americanos». Llevaba bordadas en el jersey, como los demás, dos «A» rojas sobre fondo azul.

Los británicos llevaban también dos letras: «EA», correspondientes al nombre de su organización, «English Astronautas».

Seguido de Pierre, Claude avanzó un poco más, estremeciéndose al ver, al lado del negro «White», a Pietro Lorini, el hermano de Paola.

Se sintió inquieto, diciéndose que le gustaría saber qué pensaría el italiano cuando se enterase de que su hermana y él eran novios. No le tenía miedo, pero temía sus brutales e inesperadas reacciones.

Siguió avanzando.

Mientras salvaba la distancia que le separaba de Jean Melain, se dijo que era demasiado pronto para llamarse novio de Paola y que lo primero que tenía que hacer era conseguir lo que la muchacha le había pedido como condición

indispensable.

Y eso iba a ser bastante difícil.

Lanzó un suspiro y se acercó a Jean

CAPÍTULO II



ELAIN se volvió, al sentir sus pasos, cerca de la mesa ante la que estaba sentado, leyendo una de las revistas Astronáuticas que proporcionaba el Club.

—¡Hola! —saludó, haciendo un gesto con la mano.

Claude y Pierre se sentaron ante el otro. A Santal, la presencia del jefe de la banda le proporcionaba una sensación de timidez que no podía evitar. Pero al mismo tiempo el saberse allí junto a aquellos muchachos importantes, en medio del ambiente de todas las bandas juveniles, le llenaba de orgullo y le hacía que se sintiera mucho más importante que antes.

Jean era un muchacho espigado, delgado, de piel fina como la de una muchacha. En realidad, podía decirse que era bastante guapo. Tenía unos ojos enormes y la boca estaba perfectamente dibujada. Quizá lo que alteraba la regularidad de sus rasgos y que hubiera debido dar una sensación global agradable, era el brillo de sus ojos y una arruga incipiente en su entrecejo, que rompía brutalmente la armonía de una expresión que debía ser dulce pero que, después de todo, desagradaba.

Miró a Santal y lo encontró insignificante. Luego se volvió a Claude, cuya

expresión reconcentrada no dejó de llamarle la atención.

—¿Te ocurre algo, Claude? —inquirió.

Oris hizo un gesto imperceptible hacia el «novato».

Y Jean, comprendiéndole perfectamente, se volvió hacia Santal:

—¿Quieres hacerme un favor, Pierre? —le preguntó con dulzura.

El pequeño experimentó una sensación agradable y su orgullo creció considerablemente en aquellos momentos.

Exclamó:

—¡Lo que quieras!

—Ve hacia el grupo de los «Americanos» y juega una partida en una de las máquinas. Quiero que escuches para ver si plantean algo. Es necesario estar informado de todo.

Pierre se levantó.

—Voy enseguida, Jean —dijo con una sonrisa.

—¿Llevas dinero para jugar?

—Sí. Llevo para un par de partidas.

—Bien.

Dejaron que se alejase un poco; luego, Jean, olvidándolo por completo, miró a Claude:

—Explícate.

Oris le contó todo lo sucedido con Paola. A medida que iba relatándolo, notó que los ojos de Melain adquirían un brillo cada vez más intenso.

Y cuando terminó, el «boss» dijo:

—¡Eso es formidable, Claude! ¡Vaya noticia que me has dado!

—¿Crees de veras que es importante?

—¡Claro que sí, muchacho! ¡Imagínate! Si las bandas saben que uno de los miembros de los «Astronautas franceses» es el novio de Paola... ¡vendrán por docenas a apuntarse a nuestra banda! ¡Menuda fama! Los «Americanos» se quedarán pequeños ante nosotros.

—¿Has pensado en Lorini?

—No podrá hacer nada, si su hermana se empeña. Conozco a Paola y sé que es una chica que está acostumbrada a salirse con la suya.

—Me parece muy bien y ya comprenderás que yo estoy mucho más interesado que tú en que las cosas salgan como pensamos. Pero... ¿y la falda?

Jean se mordió los labios.

—¡La falda! ¡Mira que son caprichosas! ¿No podía haberte pedido algo más barato? ¿Cuánto te dijo que costaba?

—Cien.

—Es mucho dinero.

—Ya lo sé.

Hubo una pausa. Claude había sacado su paquete de cigarrillos y ofrecido uno a su compañero.

Empezaron a fumar, en silencio, meditando al tiempo que contemplaban el efímero vuelo de las volutas azuladas hacia el techo.

—¡Parecéis dos filósofos, chicos!

La voz los sobresaltó y ambos miraron al hombre que se erguía ante ellos.

Era alto, fuerte, de más de cuarenta años. Estaba casi completamente calvo y su rostro, a pesar de la sonrisa que ablandaba un tanto sus facciones, poseía una expresión brutal y primitiva, que se acusaba en sus grandes orejas en forma de soplillo y su nariz achatada; muestras evidentes de su pasado de púgil.

Era Albert Almorán, antiguo campeón de pesos pesados y dueño actual del Star Club.

En contra de lo que se oía decir en los ambientes pugilísticos y que se había convertido en un tópico, Albert les demostró a todos que diez años pasados en dar y recibir golpes no habían alterado mucho su inteligencia y, en modo alguno le habían embrutecido, puesto que había sido capaz de montar el negocio con sus ahorros del *ring* y llevarlo, como lo hacía, de una manera impecable.

No obstante, quizá su triunfo se debiese en gran parte a haber conservado una mentalidad semiinfantil, lo que hacía que comprendiese perfectamente a sus clientes, que jamás pasaban de los dieciocho años, los más viejos de ellos.

Dijo:

—Adivino que tenéis algún problema grave. Y como, además, desde que Jean ha venido no ha pedido nada, me imagino que el problema está íntimamente ligado al dinero. ¡Esta jorobada cuestión monetaria! Nunca se ha ganado tanto en la ciudad y, sin embargo, vuestros padres parecen dispuestos a ahorrar más que en cualquier otro tiempo. ¡En fin! No quiero caras tristes en mi casa. Y si queréis beber, aunque no lo paguéis ahora, voy a hacer que os sirvan algo fuerte para elevar un poco ese alicaído ánimo.

No había dejado de sonreír mientras hablaba y tenía ambas manos apoyadas en el borde de la mesa: dos manos enormes, musculosas, gruesas como dos martillos pilones, deformadas por la que había sido su profesión.

Claude se apresuró a sacar su billete de cinco créditos.

—Tenemos dinero para pagar lo que bebamos, Albert.

El expugilista arrugó la frente, que ya tenía pequeña, a pesar de no haber solución de continuidad entre ella y la calva.

—¡Entonces el asunto es más grave! —exclamó, sentándose autoritariamente al lado de los dos jóvenes.

Y después de mirarlos alternativamente invitó:

—Hablad con confianza al amigo Albert, muchachos. Ya sabéis que siempre estoy dispuesto a echaros una mano...

Los dos jóvenes se miraron y Almorán, sorprendiendo aquel gesto de inteligencia, dejó de sonreír y su expresión se ensombreció hasta adquirir una amenazadora dureza.

—Si es que no tenéis confianza en Albert —dijo empezando a levantarse—, perdonad, chicos...

Pero Jean se apresuró a cogerle de una manga, obligándole a tomar asiento de nuevo.

No convenía, en modo alguno, hacerse antipático a los ojos de Albert.

Por otro lado, era verdad que el viejo boxeador estaba siempre dispuesto a echar una mano a sus amigos.

Hombre de una influencia ilimitada en la ciudad, con poderosas relaciones en todos los ámbitos, era capaz de encontrar solución a problemas que, aparentemente, parecían no tenerla.

Fue Jean quien rompió el silencio que se había hecho.

—Necesitamos cien créditos, Albert.

—¡Ya sabía yo que era cuestión de dinero! Pero eso es mucho, chicos.

—Lo sabemos.

—¿Podéis decirme para qué lo necesitáis?

—Para una falda.

Almorán enarcó el entrecejo.

—¿Para una qué...? —preguntó negándose a dar crédito a lo que acababa de oír.

—Para una falda —repitió Melain, paciente.

Albert preguntó:

—¿Eso que llevan las chicas?

—Sí.

—¡Que me ahorquen si lo entiendo! Pero, después de todo, creo que empiezo a ver algo claro. Necesitáis esa falda para una chica a la que habéis prometido ese regalo, ¿no es así?

Ahora fue Claude quien repuso:

—Eso mismo, Albert.

—Bien. ¿Y puede saberse dónde está esa maravilla de falda?

—En «William's».

Almorán emitió un silbido.

—¡No se anda por las ramas esa chica! ¡Seguro que sabe lo que quiere!

Claude sonrió.

—Sí, sabe lo que quiere. Tienes razón, Albert.

—Desde luego —se frotó el poderoso mentón, fracturado varias veces en su vida pugilística; luego dijo—: Yo creo que este asunto podía tener una solución... claro que vosotros... no sé...

Una expresión de interés apareció en los ojos de ambos jóvenes.

Y Jean preguntó más decidido:

—¿Qué quieres decir, Albert?

—Que sois pocos y no estáis acostumbrados —hizo un gesto vago con una de sus manazas, como si cazase una mosca—. Y no es que yo tenga nada que decir contra vuestra banda; pero, hablando francamente, acabáis de formarla y no tenéis mucha experiencia.

Melain se mordió los labios. Y sin poder contenerse dijo:

—Si no nos dices de qué se trata, poco podremos saber si somos capaces o no de ello.

—Bueno, bueno, no te enfades... Yo estaba pensando en procuraros esa falda sin tener que desembolsar un solo centavo.

Claude no se pudo contener.

—¿Cómo?

Pero Albert esperó unos instantes, gozando de la impaciencia de los dos jóvenes.

—Yo puedo facilitaros el trabajo, pero ha de ser con una condición...

—¿Cuál?

—Que luego colaboréis conmigo.

Jean preguntó:

—¿En qué?

—Es muy sencillo. Pero no es ahora momento de explicarlo todo. Ya sabéis que yo conozco un poco el ambiente de la ciudad y cuando me habéis hablado del «William's», he recordado que alguien estaba preparando una sorpresa allí. Se trata de unos buenos amigos míos, gente decidida y valiente, «duros» de los de verdad. Esta noche, según me dijeron, antes de que el establecimiento cierre, se proponían hacer una visita allí...

Claude notó que la camisa se le pegaba al cuerpo.

Pero Jean, también intranquilo, preguntó:

—¿Un asalto?

—Eso es.

—Pero nosotros...

Albert meneó la cabeza.

—Ya sabía yo que no estáis aún «maduros».

El tono de desprecio que había en la voz de Almorán sacudió las dudas de Jean.

—¡Todavía no hemos dicho que no! —dijo un poco molesto—. Pero no irás a creer que queremos buscarnos un disgusto con los «polis».

—No habrá ningún disgusto, muchachos. Mis amigos entrarán en la tienda y vosotros estaréis ya dentro. Serán ellos los que protejan vuestra salida, cuando queráis escapar con esa dichosa falda...

Y como los jóvenes pareciesen no entenderle bien Almorán explicó:

—Veréis; vosotros entráis en el establecimiento y decís que os enseñen la falda. Mientras la estáis viendo, mis amigos entran y hacen su trabajo.

—¿Y nosotros?

—Aprovechándoos de la confusión, salís pitando...

Jean miró a Claude.

Preguntó:

—¿Qué te parece el plan, Oris?

—No... está... mal...

—¡Claro que no está mal! —insistió el dueño del local—. ¡Es pan comido, amigos! A vosotros no os importa nada lo que ocurra después. Y ya comprenderéis que los empleados del «William's» tendrán demasiadas cosas en que preocuparse para acordarse de vuestra falda.

—Yo —dijo Jean con una sonrisa— creo que no podían haberse arreglado mejor las cosas.

—No olvidéis —repitió Almorán— que si demostráis vuestra valía ahora, después os daré un trabajito que podrá llenaros los bolsillos de dinero. Pero quiero probaros antes.

—¿No ha hablado usted a nadie de esto? —preguntó, repentinamente Claude.

—¿Cómo? —se extrañó Albert—. ¿Ahora me llamas de usted?

—Perdona... no me había dado cuenta.

—¿Qué querías decir en eso de haber hablado con alguien más?

—¡Hombre! Podías haberte dirigido a una banda más organizada que la nuestra... a los «Americanos», por ejemplo...

Albert se encogió de hombros, haciendo un gesto de desprecio.

—Te equivocas, chico —repuso, tras una corta pausa—. Yo tengo mucha más vista que vosotros para los asuntos. Los «americanos», con toda la importancia que se dan, no son en realidad más que un grupo de «desinflados». Mucha pose, mucha cara de comerse los niños crudos, pero después... ¡«na»! —señaló a los jóvenes con el índice de la mano derecha extendida. Después dijo—: Yo tengo el ojo puesto en vosotros, ¿os dais cuenta? Y cuando el viejo Albert piensa que alguien se está convirtiendo en

un verdadero «duro», jamás se equivoca... Yo me he dicho... «Fíjate, Albert, en esos chicos franceses... Son serios, no se ponen jersey que llamen la atención a un kilómetro de distancia. Son unos tipos que saben que tienen sesos dentro de aquí —se golpeó la calva— y que sacarán jugo de ello. Por eso he pensado en vosotros: porque sé que seréis capaces de convertirlos, en unas pocas semanas, en mis mejores colaboradores. Y os aseguro que cuando os veáis con los bolsillos llenos de dinero, os daréis cuenta de que las cosas merecen ser pensadas.

Notó que había hecho mella en la mentalidad de los jóvenes y observó con placer cómo lucían las pupilas de los dos muchachos.

—¿Cuántos sois ahora? —inquirió.

—Tres, pero el otro...

Albert preguntó:

—¿Ese chico que estaba antes aquí?

—Sí. Pero ya te he dicho —explicó Jean— que podemos eliminarlo.

—¡*Quia*! —repuso vivamente Albert—. De ninguna manera... Ese chico, a vuestro lado, se convertirá en un buen elemento. Ya os he dicho que no puedo equivocarme... —se puso en pie—. ¿Estamos entonces de acuerdo?

—Sí.

—Bien. Voy a llamar a mis amigos y a construir con ellos los detalles de la operación. Luego volveré a hablar con vosotros. Por el momento, la casa va a invitaros a un buen «whisky», bien cargado. ¿Vale?

Ellos asintieron.

Cuando Pierre llegó junto a sus amigos se había alejado Albert. Se dejó caer en el asiento que había ocupado el exboxeador.

—¡Traigo buenas noticias! —exclamó en voz baja—. Los «Americanos» quieren hacer una «razzia» en nuestro sector. He oído decir a Joe que va a intentar absorber todas las bandas para formar una sola.

Jean guiñó el ojo.

—¿Oyes eso, Claude?

—Sí —repuso Oris sonriente—. ¿Vas a decirle algo a Pierre?

El «boss» miró al pequeño.

—Voy a explicarte algo, muchacho, para demostrarte la confianza que tenemos en ti. Pero antes quiero saber si estás dispuesto a formar parte de la banda más importante que ha existido jamás en la ciudad.

—¿Cuál es?

—¡La nuestra, idiota! Verás si los «Americanos» y los «Ingleses» van a temblar y a morirse de envidia. ¿Qué me contestas?

—Ya sabes que estoy con vosotros.

—¡Magnífico! Ahora abre bien los oídos y escucha...

Claude repartió cigarrillos. En aquel mismo momento el camarero llegaba con tres «whiskies».

Cuando Pierre se llevó el suyo a los labios, empezó a toser en cuanto tomó el primer trago, haciendo que sus amigos riesen como locos.

Cuando se calmó Jean pudo empezar a explicarle todo, observando que, a medida que hablaba, el rostro juvenil de Pierre expresaba la misma emoción que si hubiera estado en cualquier cine ante un film de suspense.

CAPÍTULO III



L gerente de «William's», uno de los más elegantes almacenes de moda femenina de la ciudad, era un hombre delgado, excesivamente delgado, de rostro huesudo con los ojos tan saltones como los de un anfibio.

Tenía el cabello completamente blanco y nariz aguileña, sobre la que cabalgaban gafas de montura invisible y cristales de la misma modalidad, lo que hacía que sólo cuando la luz se reflejaba en ellos diesen la impresión de que los ojos del hombre lanzasen destellos.

Después de abandonar su despacho, situado sobre el gran almacén y dominándolo desde una altura de más de sesenta metros, el gerente, terminada su labor de resolver unos asuntos burocráticos, se asomó a la barandilla que rodeaba el inmenso local y echó una placentera ojeada a la gente que se movía alrededor de los mostradores, donde lindísimas muchachas, con uniformes luminosos, complacían y atendían a la numerosa y selecta clientela.

Faltaban veinte minutos para cerrar, pero todavía los visitantes se movían sin prisas, admirando todo lo que se les ofrecía allí y que constituían las últimas novedades llegadas directamente de las mejores casas de las grandes

ciudades de la Tierra.

El hombre dejó la barandilla y subió sobre la suave rampa mecánica descendente que le llevó hacia la planta principal. Fue entonces cuando hizo un gesto dirigido hacia un hombre, de anchas espaldas, que se movía cerca de allí.

El hombre se acercó.

—Buenas tardes, señor William.

—Hola, señor Combler. ¿Todo bien?

Harry Combler era el detective de los almacenes.

—Perfectamente. Todo se desarrolla con la normalidad de siempre.

William se frotó las manos.

—Mejor que mejor. Parece que el público compra más y más, ¿eh? ¡Lástima que no nos permitan cerrar un poco más tarde!

—Tiene usted razón —repuso el policía, opinando para sus adentros que el viejo avaro no pensaba en las ocho horas que permanecía abierto el almacén.

—Voy hacia la caja —dijo el viejo—. ¿Viene usted conmigo?

—Como usted ordene.

Se fueron abriendo paso, William en cabeza, haciéndose constantemente al lado para dejar pasar a los clientes, a los que dirigía una sonrisa de complacencia, como si desease indicarles que ellos estaban en su casa.

Siempre seguido por el detective, se detuvo ante la caja, situada en el centro del inmenso local y donde tres muchachas, ante las calculadoras electrónicas, iban moviendo los dedos sobre las teclas, vigiladas por otra muchacha que era la jefa de aquella vital sección.

Al ver al gerente, la muchacha se acercó al mostrador que rodeaba completamente las máquinas.

—¡Hola, señorita Fumming! —saludó él, sin dejar de sonreír.

—Buenas tardes, señor William.

—¡Excelentes! ¡Excelentes! —luego preguntó en voz baja—: ¿Cómo va la caja, señorita Fumming?

Ella sacó la última tarjeta de control, en la que el integrador electrónico había escrito la suma global de las ventas.

—Ciento ochenta y tres mil con sesenta y cinco, señor...

William tornó a frotarse las manos.

—¡Bien, bien! Creo que vamos aumentando la cifra cada día. Eso demuestra que las innovaciones que hemos hecho últimamente han servido para algo.

—Desde luego, señor William.

El hombre se volvió hacia el detective, pero Harry miraba hacia otro lado, ofreciendo al gerente una expresión preocupada.

—¿Ocurre algo, señor Combler?

—¿Eh?

El detective se volvió al gerente de la casa.

—No es nada... señor... hay dos chicos; es decir, tres, en aquella sección de faldas...

El gerente preguntó:

—¿Chicos en la sección de faldas?

—Sí. ¿Los ve usted?

William miró al lugar que el policía le señalaba.

—Sí. Vaya a ver lo que ocurre, señor Combler. No quiero que la chiquillería manche con sus sucias manos las prendas que hemos de vender.

—Voy.

Harry se abrió paso caminando hacia el lugar que le había llamado la atención.

Frunciendo el entrecejo, se dijo que era ya bastante raro que tres chicos se preocupasen de ropas de mujer, aunque cabía la posibilidad de que desearan hacer un regalo a la madre de uno de ellos.

Pero no era una cosa frecuente.

Mientras se acercaba, observó con mayor detenimiento a los muchachos. Uno de ellos, el más pequeño, no cesaba de mirar hacia la entrada del almacén, como si esperase algo. Los otros dos charlaban animadamente con la empleada, que sonreía, quizá divertida por los propósitos cómicos de los dos chicos y la embarazosa situación en que debían encontrarse.

Se acercó, procurando llamar la atención lo menos posible. Y mirando a la muchacha que atendía a los chicos, preguntó:

—¿Alguna dificultad, señorita?

Ella le miró sonriente.

—¡Oh, no, señor Combler! Estoy pasando el rato más divertido de toda la tarde... —señaló a Claude—. Este jovencito tiene un gusto maravilloso: ha elegido una de las más lindas faldas del escaparate.

El policía miró a Oris.

—¿Es para tu mamá, pequeño?

La sangre subió a las mejillas de Claude al oírse llamar pequeño. Y con un tono indelicado y decidido, respondió:

—Es para mi novia, señor...

Harry hizo un poderoso esfuerzo para permanecer serio.

—¡Ah! —exclamó—. Perdón... es verdad que ya tiene usted edad para tener novia. Lamento haberme equivocado.

Claude no contestó.

Y volviéndose a la empleada preguntó:

—¿Dice que no puede dármele por menos de cien créditos, señorita?

—Eso decía, joven... Nuestros precios están ya marcados y no hacemos rebajas más que en casos de compras al por mayor...

Intervino Jean:

—¡Llévale media docena a esa muchacha, Claude!

Oris miró al «boss», como si deseara fulminarle con la mirada. Y el otro comprendió enseguida que no debía haber nombrado a su amigo, ya que antes de ir habían quedado en «que nada de nombres».

Fue entonces cuando Pierre, que seguía mirando hacia la única puerta abierta a aquella hora, pues ya iban a cerrar de un momento a otro, dio un codazo a Jean.

Éste se volvió.

Cuatro hombres acababan de entrar y se dirigían rápidamente hacia la caja.

—¡Ahora! —gritó Jean.

Sin hacerse rogar, Claude dio un tirón de la falda que la empleada tenía en la mano y echó a correr.

—¡Eh, señor Combler! ¡Me roban la falda! —gritó la muchacha.

Harry intentó avanzar, para alcanzar a Claude y Jean, que corrían juntos.

Pero Pierre, que apenas se había movido, se percató de que aquella era la ocasión que había estado esperando. Ahora iba a demostrar a sus amigos que era digno de pertenecer, como había dicho Jean, a la banda más importante de la ciudad.

Abrazándose a las altas piernas de aquel hombre, Pierre le hizo titubear, impidiéndole avanzar un solo paso.

—¿Eh? —se extrañó Harry, alarmándose al mismo tiempo.

Había oído gritos, hacia la caja y sobre todo el alarido de William, al que vio, al volverse rápidamente para mirar hacia aquel lado, caer por efecto de un golpe que uno de los hombres le acababa de dar en la cabeza.

Harry sabía que su deber era jugarse el todo por el todo, ya que para eso le pagaban un elevado sueldo, habiéndose comprometido por su parte a vigilar y defender completamente solo los intereses del almacén.

—¡Quita de ahí, chico!

Intentó desasirse como fuese del abrazo del muchacho, que seguía

fuertemente cogido a sus piernas.

Y casi lo consiguió.

Pero estaba visto que Pierre no quería dejar escapar así como así aquella hermosa ocasión de convertirse en el héroe ante sus dos amigos. Y al ver que el hombre forcejeaba, con verdadera fuerza, le mordió en la pierna, obligando a Harry a lanzar un grito que resonó, sobre todos los demás ruidos que en aquel momento no eran fuertes, puesto que los asaltadores habían arrinconado al público y obligado a que guardasen silencio.

El alarido de Harry hizo que los bandidos se volviesen y vieses a aquel hombre que, habiendo casi logrado desasirse de los brazos del emperrado Pierre, sacaba su pistola dispuesto a evitar lo más importante: el robo que se estaba llevando a cabo en la caja.

Todos los bandidos llevaban máscaras grotescas para ocultar su identidad. Al ver el ademán de Harry Combler, que había levantado la pistola para tirar, uno de ellos apuntó al detective con la pequeña metralleta que llevaba, provista de silenciador y lanzó una ráfaga sobre Harry.

Éste se desplomó, mortalmente herido. Pero el cuerpo de Pierre cayó sobre el suyo. Y el policía, luchando ya con la muerte, se estremeció no ante un final que consideraba, desde que era policía, como una posibilidad que no debía perder de vista, sino por la muerte de aquel niño, cuyo cuerpo agonizaba sobre el suyo.

Pierre había muerto.

Una mujer gritó y uno de los bandidos la golpeó bárbaramente para demostrar a los demás que no se trataba de un juego.

No muy lejos del cuerpo de William, cuyos cabellos blancos habían hecho enrojecer la sangre, tres de los hombres enmascarados iban colocando mientras el dinero en unas maletas que habían traído al entrar.

* * *

—¿Y Pierre? —inquirió Claude, ya bastante lejos del almacén y cuando dejaron de correr.

—¡Es todo un tío! —repuso Jean—. Le vi agarrarse a las piernas de aquel tipo, para impedir que nos siguiese.

—¿Quién era aquel hombre?

—Seguro que el detective del almacén.

—¡Estamos perdidos entonces!

—¿Por qué?

—Porque detendrán a Pierre y dirá todo lo que ellos quieran.

Jean sonrió.

—No lo creo. Le he visto agarrarse a las piernas de aquel tipo y estoy

completamente seguro de que no nos delatará. ¡Albert tenía razón! Santal es un tipo estupendo y será un buen elemento para la banda. ¿Te das cuenta de lo que hemos hecho hoy?

—Sí.

—No pareces muy entusiasmado.

—No es eso, Jean. Lo que ocurre es que sigo preocupado por Santal.

—¡Bah! Lo llevarán a la comisaría y le soltarán enseguida. Ya sabes que no pueden detener a un menor.

Una triste sonrisa apareció en los labios de Oris.

—Quizá tengas razón. Pierre ha demostrado ser todo un hombre y saldrá sin gran mal.

—Desde luego —Melain señaló el bulto que el muchacho llevaba escondido bajo la gabardina—. Y ¿qué vas a hacer con eso? ¿Es que no vas a llevárselo a Paola?

—Sí, es verdad. Voy a ir a verla... ¿Vienes tú?

—¿Yo? —se asombró el otro—. ¿Te has vuelto loco? Es asunto tuyo, muchacho. Si quieres, vienes mañana a casa y me cuentas lo que haya pasado, ¿eh?

—Bien.

—Luego iremos al Star y hablaremos con Albert. Estoy ardiendo por saber qué clase de negocio va a proponernos. A ver si es cierto que va a llenarnos los bolsillos de billetes.

—Ojalá sea así.

—Bueno, Claude... ¡buena suerte y hasta mañana!

—¡Hasta mañana!

Se estrecharon la mano y Claude vio a su jefe alejarse hacia la parte baja de la ciudad. Estaba seguro de que iba a regresar a casa y que estaba contento del éxito obtenido. Desde luego, se quisiera o no, los «Franceses» habían hecho aquella tarde lo que ninguna otra banda juvenil se atrevió a hacer hasta entonces.

Menos inquieto, aunque no dejaba de pensar en Pierre, Claude se dirigió al lugar donde se había citado con Paola.

La idea de la muchacha fue adentrándose en su mente y alejando, finalmente, todas las preocupaciones que hasta aquel momento le habían molestado.

«Carteri's» era un antiguo e importante garaje abandonado por estar situado en una zona que, después de su construcción, estaba siendo destinada a jardines y parques públicos, por lo que se procedía a la demolición sistemática de cuantos edificios se habían construido allí.

Del «Carteri's no quedaba, en realidad, más que un paredón exterior que se extendía a lo largo de un paseo abandonado. Más allá, alambradas especiales protegían los trabajos de repoblación jardinera que se estaban haciendo.

Lógicamente, puesto que ya era la hora, la muchacha debía de estar esperándole, junto a la antigua entrada del garaje, única zona en que había aún un poco de iluminación, estando el resto profundamente sumido en las tinieblas.

Cuando dobló la última esquina y empezó a andar a lo largo del paredón, a la luz del farol que estaba a medio centenar de metros, vio la silueta de Paola.

¡Había ido!

Una emoción indescriptible se apoderó de él. En aquel momento, todo lo que había pensado le parecía bien, ya que su objetivo se había conseguido y aquello era lo importante.

Apretó el paso.

Sacó la falda de debajo de la gabardina y se la colocó sobre el brazo, imaginando la alegría que iba a tener la muchacha al poseerla.

Ella se fue haciendo cada vez más visible y el corazón de Claude latió con intensidad inusitada cuando la vio, más bonita que nunca, con un traje de lunares, apoyada en el quicio de la antigua puerta del garaje, mirando hacia el lugar por el que él venía, ya que si no le veía, estaba oyendo perfectamente el ruido de sus pasos.

Cuando estuvo ante ella, vio la sonrisa que iluminaba su rostro. Los ojos de la muchacha se clavaron en la falda que él llevaba.

—Buenas noches, Claude.

—Hola, Paula.

Ella señaló la prenda.

—Veo que lo has conseguido.

—Ya te dije que lo lograría.

Ella extendió la mano con una timidez que a Claude le pareció maravillosa.

—¿Me la dejas tocar?

Él se la entregó y ella, después de mirarla largamente, se la puso encima de la que llevaba. Se la sujetó para ver el efecto que hacía y se movió con una deliciosa coquetería.

Claude la observaba en silencio.

Hubiera querido decirle algo, pero una especie de nudo se había formado en su garganta, impidiéndole proferir el menor sonido.

—¡Es preciosa! —exclamó finalmente la muchacha, rompiendo el

embarazoso silencio que se había hecho entre ellos.

—¿Te gusta de veras?

—¡Muchísimo!

—Me alegro de que así sea.

Hubo, una nueva pausa; después él se acercó a la joven.

—Somos novios, ¿verdad?

Ella levantó la mirada de la prenda que aún sujetaba pegada a su talle y colocó sus hermosos ojos en el rostro pálido del muchacho.

Y con un tono de voz imprevisto dijo:

—¿No irás a creer en lo que te dije esta mañana, eh?

—¿Qué quieres decir?

—Que aquello no era más que una prueba, Claude. Tendrás que demostrarme muchísimas cosas más antes de que puedas considerarte como mi novio.

Claude sintió que sus piernas le flaqueaban.

—¡Pero tú me dijiste que podía decirlo a todo el mundo!

—Fue una broma. Has empezado bien, Claude, y sigues gustándome mucho. Pero no irás a creer que esta falda te autoriza a ser mi novio.

—Tú me lo dijiste así.

—No hagas caso de las chicas, amigo; se ve muy bien que no las conoces...

—Pero...

Estaba furioso y sentía que una serie de convulsiones coléricas hacían temblar su cuerpo.

No dijo más, pero su mano salió lanzada hacia adelante, apoderándose de la falda.

—¡No vas a reírte de mí, Paola! —exclamó.

Ella hizo un movimiento hacia él.

Luego gritó inesperadamente:

—¡Me ha quitado la falda! ¡Venid!

CAPÍTULO IV



URGIERON de la oscuridad y le rodearon mucho antes de que se hubiera percatado de lo que ocurría y por qué había gritado de aquella manera la muchacha.

Estaban todos allí; pero, en primer término, los que ya conocía mejor que a los otros: Joe Porter, Jimmy Vance, Pietro, el hermano de Paola y el negro «White».

Los miró.

En los ojos de los muchachos había una luz cruel una expresión divertida ponía en sus labios un esbozo de cínica sonrisa.

Durante unos segundos, sin despegar los labios, le miró de arriba abajo, con un desprecio que se leía claramente en su rostro.

Luego se burló:

—¿Así que eres tú el tipo que querías que mi hermana fuese tu novia, eh?

Claude estaba inquieto.

Pero lo que le maravillaba verdaderamente es que no experimentaba miedo alguno. En el fondo, estaba dispuesto a decir la verdad. Y, por otra parte, lo que su banda había hecho aquella tarde le empujaba a considerar a los «Americanos» con mucho menos respeto que antes.

—Tu hermana me dijo esta mañana que sería mi novia si le traía esta falda.

—¿Qué falda?

—Ésta.

Pietro se la arrancó de las manos y la examinó con detenimiento; luego se acercó a su hermana y le preguntó:

—¿Es cierto eso, Paola?

—No —repuso la muchacha con un cinismo que hizo que Claude se estremeciese—. Esta mañana me lo encontré delante de su casa, y le pregunté si iba a ir a la escuela. Me dijo que no. Entonces, como yo no tenía tiempo de acercarme a «William's», le di cien créditos para que me comprase esa falda.

—¡Embustera! —no pudo por menos de gritar el muchacho.

Después de haber entregado la falda a su hermana, Pietro se volvió y avanzó de nuevo hacia el «Francés».

—No debes decir esas palabras a una muchacha como mi hermana, Claude. Si lo que quieres es que te demos una propina por haber hecho de botones, estamos dispuestos a pagarte.

—No es eso y tú lo sabes muy bien —replicó el muchacho—. Has debido de oír lo que decíamos, puesto que estabais escondidos en la oscuridad. Yo no miento. Mi banda y yo cogimos esa falda de «William's».

Pietro lanzó una carcajada.

—¿Tu banda? —preguntó dominando a duras penas su risa—. ¿Qué banda, desdichado? Porque no irás a decirme que Jean, tú y el otro idiota habéis tenido la audacia de llamaros banda.

—¡Naturalmente que lo somos! Y a pesar de ser tan pocos, hemos conseguido lo que vosotros, los «Americanos», no os atreveríais a hacer nunca.

Joe se adelantó.

Era un muchacho alto, fuerte, que parecía mucho mayor de los catorce años que tenía.

—¡Basta! —dijo, sin quitarse el cigarrillo de los labios—. Estás hablando demasiado y lo que no te tolero es que digas idioteces sobre mis muchachos. Di a tu hermana que se largue, Pietro!

—Ya has oído, Paola. Vete. Aquí van a pasar cosas que incumben sólo a los hombres.

—Bien —dijo ella, alejándose y mirando con odio a Claude, que la siguió con la vista.

Los pasos de la muchacha se fueron perdiendo en la distancia.

Entonces Joe desafió:

—Repite lo que has dicho de nosotros, idiota. ¡Repite que tu asquerosa

banda es mejor que la nuestra!

—¡Claro que lo es...!

Dos muchachos le habían cogido cada uno por un brazo, por la espalda, y le sujetaron fuertemente.

Y Joe, con una sonrisa cruel, descargó el primer puñetazo, que dio en la boca de Claude, que sintió un sabor de sangre y un dolor fulgurante en los labios.

—¡Sois unos cobardes! —gritó.

Joe pegó de nuevo, apuntando ahora al ojo derecho de Oris, que experimentó un dolor intensísimo.

—Algún día pagarás esto —se atrevió aún a decir.

Pero los golpes que ahora le daba Pietro le hicieron gritar de dolor, aunque poco después se iba tornando insensible a la horrible paliza que estaba recibiendo.

Le habían dejado caer al suelo, pero aún continuaron dándole patadas.

Apenas veía y el dolor, aunque apagado, le recorría todo el cuerpo. Pero era más la rabia de haber caído en una trampa lo que hizo que las lágrimas brotasen de sus ojos.

—¡Mirad, muchachos! —gritó Pietro, lleno de una salvaje alegría—. Está llorando como una niña...

Joe dijo:

—¡Vámonos, chicos! Ya tiene bastante...

Se acercó más a Claude e inclinándose para que le oyese dijo:

—Espero que hayas aprendido esta lección, «franchise». Y si cuando te cruces conmigo no me saludas inclinándote ante mí, te seguiremos dando palizas hasta que te enviemos al cementerio.

Luego se alejaron.

Claude quedó inmóvil, respirando con tanta dificultad que creyó que le habrían roto las costillas.

Durante un tiempo que le pareció interminable no se movió. Luego se dio la vuelta, las espaldas sobre el suelo y mirando quedamente las estrellas que lucían en el cielo.

La amargura de su situación y de todo lo que le había ocurrido se filtraba ahora en su alma, produciéndole una sensación de desamparo tremenda. Se consideraba como el muchacho más estúpido de la ciudad y sentía la vergüenza de presentarse en cualquier parte, sobre todo porque los «Americanos» —y no dudaba que lo harían aquella misma noche— harían correr la voz de la paliza que le habían propinado.

¿Qué pensarían de él sus amigos?

Seguro que Jean le despreciaría, prescindiendo de un tipo que como él se había dejado atrapar por los «Americanos». En cuanto a Pierre, también le miraría mal, pero no lo haría como Melain, sino sintiendo mucho que su amigo Claude hubiera caído tan bajo.

«Tendré que irme del barrio y no faltar a la Escuela —pensó—. Me ocultaré y esperaré a convencer a mis padres para que nos traslademos lo antes posible a otro sitio».

Estaba dispuesto a huir de su casa, a alejarse de la ciudad si sus padres no comprendían su situación. Porque iba a explicarles todo, haciéndoles ver, sin ningún género de duda, que su situación era insostenible en aquella parte de la ciudad.

El frío empezó a morderle en la cara a medida que el embotamiento producido por los golpes se fue aminorando. Hasta que se vio obligado a incorporarse, luchando contra el dolor que tal esfuerzo le producía, pero temiendo más los escalofríos que le recorrían el cuerpo y el castañeteo de sus dientes.

Se dijo que debía volver a la ciudad y empezó a caminar despacio, encogiéndose para evitar el dolor que, por fortuna, fue disminuyendo un poco, permitiéndole llegar hasta la primera estación de Metro, donde tomó la dirección de su barrio.

La gente le miraba con curiosidad. Se dio cuenta de que tenía las vestiduras desgarradas, la camisa llena de sangre y un aspecto verdaderamente desastroso.

Cuando penetró en el barrio vio en el reloj de un escaparate que faltaba muy poco para las once. Y la idea de que sus padres estuviesen en casa le intimidó. Aunque pensaba hablarles, hubiera preferido hacerlo al día siguiente, ya limpio. Presentándose tal como quedó de la paliza asustaría a su madre.

Iba pegado a las paredes de las casas, procurando en lo posible evitar que le viesen y permaneciendo en el quicio de los portales cuando alguien se cruzaba con él.

Estaba ya a una docena de metros de la entrada de la casa cuando una mano se posó sobre su hombro, haciéndole estremecerse.

—¡Claude!

Al volverse reconoció a una vecinita de su casa, una muchacha de trece años, muy simpática y de la que era buen amigo.

Ella llevaba una cesta, lo que explicaba su presencia en la calle, ya que su madre, que también volvía tarde, solía enviarla a hacer algunos recados en las tiendas próximas.

La muchacha le miraba con asombro.

—¿Qué te ha pasado?

Fastidiado por aquel encuentro, que no había deseado en modo alguno, Claude estuvo a punto de enviarla a paseo; pero la muchacha siempre se había mostrado agradable con él y no merecía semejante trato.

—Me ha atropellado un coche —mintió—, pero no digas nada a nadie.
¿Eh, Germaine?

—No, no diré nada. ¡Han pasado tantas cosas hoy!

—¿Sí?

—¿Es que no sabes lo de Pierre Santal?

Claude no pudo evitar un escalofrío.

Luego preguntó con un hilo de voz:

—¿Lo ha detenido la policía?

Ella denegó con la cabeza, haciendo volar sus trenzas rubias.

—No. Ha sido mucho peor... Ha muerto.

Claude tuvo que apoyarse en la pared.

Las piernas se le aflojaron de tal modo que creyó que sería incapaz de mantenerse en pie y que terminaría desplomándose.

—¿Mu... er... to? —silabeó con voz ahogada.

—Sí. Según dicen, lo mataron en un almacén del centro. Hubo un tiroteo entre un policía y unos bandidos que habían entrado a robar... y el pobre Pierre...

Germaine lloraba de la misma manera que cuando sus padres se lo habían contado.

—¡Pobre Santal! —se lamentó ella.

También le hubiera gustado a Claude poder llorar en aquellos instantes. Pero la misma angustia y el estupor que la noticia le había proporcionado ahogaron sus lágrimas, produciéndole una sensación de vacío interior.

Algo indudablemente peor.

—Voy a casa... Germaine.

—¿Quieres que te cure para que tus padres no te vean así?

—No, no importa... Muchas gracias...

Se alejó de la muchacha y continuó apoyándose en las paredes, sin poder pensar en nada, repitiendo entre dientes aquello que le parecía imposible:

—Muerto... muerto... muerto...

Llamó a la puerta y al no obtener respuesta alguna buscó la llave en la fisura donde la había dejado aquella mañana.

Abrió.

Al encender la luz del vestíbulo vio el telegrama que habían echado por debajo de la puerta. Lo recogió y desgarró la envoltura de plástico.

No volveremos hasta dentro de tres días. Hay mucho trabajo. Cuídate mucho y sé formalito. Mañana recibirás cien créditos para estos días, por si los necesitas. Un fuerte beso de papá. Y uno muy fuerte de tu mamá, que te quiere muchísimo...

Dejó el papel en el suelo y se marchó, tambaleándose, hacia su habitación. Se dejó caer sobre el lecho y empezó a sollozar con estremecimientos espasmódicos.

Por fortuna, media hora después, rendido por la emoción, el cansancio y el dolor, se quedó profundamente dormido.

* * *

—Por aquí, señorita...

Bertha, dominando el profundo dolor que se hundía en su pecho como un puñal agudamente afilado, siguió al policía, descendiendo los pocos escalones que separaban aquel rellano de la puerta que el hombre abrió momentos después.

Una oleada de frío glacial la hizo estremecerse.

Sus piernas vacilantes parecían dispuestas a no sostenerla; pero, haciendo un esfuerzo poderoso, consiguió llegar hasta la mesa de mármol. Tuvo que apoyarse en su borde helado cuando estuvo junto a ella. Luego miró.

¡Qué minúsculo le parecía ahora el cuerpecito de Pierre, tendido allí, con sus hermosos ojos azules abiertos, en una postrera mirada de estupor, como si hubiera muerto sin querer darse cuenta de la realidad!

Un sollozo desgarrador salió de sus apretados labios.

Fue entonces cuando el hombre, el otro, que ella no había visto aún, avanzó hacia la mesa y puso una de sus manos sobre el hombro de la joven.

Se preguntó:

—Es él, ¿verdad, señorita?

Bertha se volvió y tuvo que levantar la cabeza para mirar a aquel joven, de anchas espaldas y rostro bondadoso, cuya altura debía de pasar de los seis pies y medio.

—Es su hermano, ¿verdad? —insistió el joven.

—Sí... —musitó ella con esfuerzo.

—Bien. Haga el favor de salir, señorita Santal. Aquí no hará más que

aumentar inútilmente su dolor.

Ella dejó de mirarle y volvió su rostro, por el que corrían las lágrimas, hacia el cuerpo de Pierre.

Lo miró unos instantes; luego preguntó sin volverse:

—¿Es que no van a dejarme besarlo?

—Desde luego, señorita —repuso el joven.

Bertha se inclinó, poniendo sus trémulos labios sobre la mejilla helada del niño. Después, incapaz por más tiempo de dominar su dolor, estalló en sollozos. El hombre tuvo que sacarla de allí, sujetándola por la cintura, casi en vilo.

No se dio cuenta de nada hasta que estuvo sentada en un sillón, en un despacho. El joven le estaba preparando algo de beber y casi tuvo que obligarle a abrir los labios, logrando, no obstante, que tomase unas gotas de alcohol.

—Esto le hará sentirse un poco mejor...

—Gracias.

Encendió un cigarrillo y se sentó en el borde de la mesa del despacho y la contempló en silencio.

No era aquel el momento de admirar la belleza delicada de la muchacha, pero el hombre no pudo por menos que darse cuenta de que incluso entonces, agobiada por el natural dolor que experimentaba, con el rostro destrozado por el llanto, continuaba siendo una hermosísima muchacha.

Ella se secaba ahora la nariz con un pañuelo.

Y momentos más tarde, normalizada un tanto, preguntó al hombre:

—¿Cómo ha sido?

Una sonrisa amable apareció en los labios de él.

—Todavía no lo sabemos con exactitud, señorita. Su hermano estaba en el «William's» con unos amigos... unos pistoleros entraron para robar la caja y se cruzaron unos disparos entre ellos y el detective del almacén. Su hermano estaba junto a este hombre... que también ha muerto.

—Pero ¿qué hacía Pierre en el «William's»?

—Ya le he dicho que el niño acompañaba a unos amigos.

—¡Debía de haber estado en la Escuela!

El hombre asintió.

—Ya lo sé, señorita. Pero todo el mundo sabe también que, desde que muchas parejas han ido a trabajar al norte, los niños andan un poco descarriados...

—Yo creí que había ido al colegio. Mis padres trabajan en el norte, como

todo el mundo, y yo llevo la contabilidad de una casa y cuidaba de Pierre al mismo tiempo —torció el gesto—. ¡Cuidaba! ¡Pobrecito mío, si yo lo hubiera sabido!

—Ha sido una fatal casualidad, señorita...

Ella parecía no escucharle.

—¿Y ahora qué hago yo? —se preguntó—. ¿Cómo digo esto a mis padres? Mamá, que idolatraba al pequeño, va a volverse loca...

Y como si el explicar le calmase un poco el dolor continuó:

—Pierre nació quince años después que yo; en realidad, nadie lo esperaba ya... pero su llegada llenó de alegría la casa de mis padres. Yo lo he cuidado como si fuese mío...

—Lo comprendo —y viendo que la muchacha volvía a llorar la animó—. Vamos a preocuparnos de todo, señorita. Si usted lo desea, avisaremos a sus padres antes de que sean informados por otros medios... Además, no vamos a parar hasta descubrir a esos bandidos...

Ella levantó la cabeza y sus hermosos ojos verdes adquirieron un brillo repentino.

—¡No los deje escapar, señor! ¡No puede haber perdón para esos hombres!

—No escaparán. Y ahora permítame que me presente: soy John Liberty, jefe de la Delegación de la SIP en Marte.

—Ya he oído hablar mucho de la Spacial International Police. Y ahora que sé que son ustedes los que van a encargarse del asunto quedo un poco más tranquila.

—Le aconsejo que regrese a casa, señorita. Es ya muy tarde. Nosotros nos preocuparemos de avisar a sus padres y que se tomen las medidas relativas a la inhumación del cadáver...

—Muchas gracias por todo.

—¿Puedo acompañarla? Tengo el coche abajo y son ya casi las doce de la noche.

—Si no le molesta...

—No, de ningún modo; será un placer.

CAPÍTULO V



levantarse, Jean salió silbando de su cuarto mientras se dirigía al baño. Su madre estaba en la cocina.

Se había levantado muy temprano, por lo visto, ya que sus padres no se habían ido aún.

Se lavó, se vistió y fue hacia el comedor, donde sus padres estaban ya.

—¡Buenos días! —saludó.

Se dio cuenta enseguida de la hosca expresión del rostro de su padre y del ceño fruncido del de su madre.

—¿Ocurre algo? —inquirió, sentándose a la mesa.

Su padre no dejaba de mirarle. Luego dijo con severidad:

—No se te ocurrirá faltar al colegio, ¿verdad, Jean?

El muchacho no pudo evitar un estremecimiento. Estaba seguro de que algún «chivato» se había ido de la lengua y pensaba darle una buena lección.

Por eso, mirando a su padre, preguntó:

—¿Quién te ha contado esa mentira, papá?

—Nadie.

—¿Entonces?

—Anoche, después de que te fuiste a la cama, nos enteramos de algo horrible: uno de los chicos del barrio, un vecino nuestro, ha sido muerto a tiros.

—¿Eh? ¿Quién es?

—Era el pequeño Pierre Santal. ¿Le conocías?

Por mucho que hizo Jean para dominar su asombro no consiguió nada, ya que su rostro se puso tan blanco como el mantel de la mesa.

Intervino la madre:

—No debías haberle dado la noticia de esa manera, Georges: has impresionado al niño.

—No deseo impresionarlo —repuso el padre—. Lo que quiero es que tenga muchísimo cuidado. Desde que los padres estamos trabajando fuera de la ciudad los niños se están volviendo un tanto ariscos. Y yo no quiero volver a casa una noche para que me comuniquen lo que han debido hacer a los pobres padres de ese chico.

Jean se había dominado a medias. Y deseoso de enterarse de algo más, aunque seguía temblando de espanto, preguntó:

—¿Cómo ocurrió, papá?

—Parece ser que estaba en el «William's», comprando algo. Los bandidos entraron a robar y un disparo alcanzó de lleno a Pierre.

Jean tenía la camisa pegada al cuerpo, con una sensación tan desagradable como pegajosa.

Recordaba perfectamente que había visto a Pierre agarrarse a las piernas de aquel hombretón. Pero cuando Claude y él salieron de la tienda, con la falda robada, no habían oído disparo alguno ni pensado que Santal iba a sufrir aquel espantoso accidente.

Mientras sus padres desayunaban, comentando el suceso, Jean pensó a toda velocidad en muchísimas cosas. En que, sin darse cuenta, había llamado a Claude por su nombre delante del hombre y de la empleada. Y que éste sería capaz de reconocerlos y entregarlos a la policía.

—¿Es que no vas a probar bocado, Jean? —le preguntó su madre, al ver que no había tocado los alimentos.

Sólo el pensar que había de comer le daba náuseas.

—No puedo, mamá; se me ha cortado el apetito.

—Déjale —intervino el marido—. Es normal que se sienta así y podría sentarle mal. Luego comerá en el recreo de la escuela.

—Así lo haré, papá.

Ellos habían terminado el desayuno y se preparaban ya para marcharse.

Mientras se ponía la gabardina, el padre se acercó a Jean, que no se había movido de la mesa.

—No sé si volveremos esta noche, Jean, ya que hay una nueva distribución de turnos en el trabajo. Voy a dejarte algún dinero, pero no quiero que lo gastes en tonterías. El jueves por la tarde, que no tienes colegio, puedes ir al cine. Espero que el sábado estaremos aquí al mediodía.

—Bien, papá.

El hombre sacó la cartera y dejó sobre la mesa un billete de cien créditos.

Luego se inclinó, dio un beso al niño y se dirigió hacia la puerta. En el umbral se volvió y gritó:

—¿Vienes, Martha?

—¡Ya voy!

—Date prisa. Te espero abajo... pero no tardes... no tengo ganas de perder el hélibus como el otro día.

Cuando salió él, ella apareció en el comedor y se acercó a su hijo.

—Sé bueno, Jean.

—Sí, mamá.

Ella llevaba algo en la mano y lo puso en la de su hijo.

—Toma, es un billete de cincuenta. Para que te compres lo que quieras.

—Gracias, mamá.

Ella le dio un beso y corrió hacia la puerta. Cerró y bajó precipitadamente los escalones.

Ya solo, Jean suspiró, dejando que su rostro expresase clara y abiertamente la preocupación que le embargaba. La muerte de Pierre le había aterrorizado, pero, su miedo se concentraba ahora en lo que la policía pudiese saber de los dos que habían acompañado al pequeño Santal y que el detective y la empleada podían ayudar a encontrar.

Se estremeció.

Tenía que hablar inmediatamente con Claude para ponerse de acuerdo en lo que tenían que hacer, pensando que una de las cosas buenas era avisar a Paola para que, de momento, guardase la falda que Oris le había dado, evitando así que cualquier policía la reconociese.

Después de todo, Paola era ahora la novia de Claude y tendría que obedecerle.

Después de guardar el dinero que sus padres le habían dado abandonó la casa. En la calle avanzó velozmente hasta la casa de Claude, subió en el ascensor y llamó a la puerta precipitadamente.

Abrió Oris, que se había limpiado y curado en lo posible. Ofrecía, no obstante, un aspecto desastroso. Tenía los labios hinchados y los dos ojos morados.

—¿Eh? —se extrañó Jean, pasando al interior—. ¿Qué demonios te ha pasado?

Claude no contestó enseguida. Dejó que su amigo se sentase en uno de los sillones y rehusó el cigarrillo que éste le ofreció.

Después, cuando Jean encendió el suyo, Claude preguntó:

—¿Sabes ya lo de Pierre?

—Sí, ya lo sé. Mis padres me lo han dicho hace un momento. Es horrible, ¿eh?

—Sí.

—¿Y a ti qué te ha ocurrido?

—Los «Americanos» me dieron una paliza. Estaba escondido en el lugar donde Paola me esperaba y me quitaron la falda y me pegaron después. Estaba

toda la banda en pleno.

—¡Cobardes! ¡Ya les arreglaremos las cuentas!

—Yo no.

Jean miró a su amigo.

—¿Qué quieres decir?

—Que yo no volveré a las andadas. Puedes darme de baja en tu banda.

—Pero... ¿es que vas a quedarte con esa paliza? ¿Tanto miedo te han dado?

—No es eso. La paliza no cuenta... es lo de Pierre.

—¡Ah!

Y después de una pausa dijo:

—Nosotros no tuvimos la culpa, Claude. Fue la mala suerte: eso es todo.

—No —replicó el otro, con viveza—. Nosotros sabíamos que los ladrones iban a llegar y ese sinvergüenza de Albert nos empleó como cómplices.

—¡Estás loco! Nosotros no tenemos nada que ver con los atracadores.

—Eso crees tú. Los policías no son tontos y querrán saber quién entretuvo al detective del almacén. Porque, después de todo, si ese hombre murió sin poder defenderse fue por culpa de Pierre.

—¿Cómo? ¿Murió el detective?

—Sí. Lo acribillaron a balazos, igual que a nuestro pobre amigo.

Jean lanzó un suspiro y sonrió.

—¡Vaya peso que me quitas de encima!

Claude preguntó:

—¿Por qué?

—Porque si ese detective viviera podría reconocernos.

—Pues yo preferiría que estuviese vivo.

Jean le miró severamente.

Luego, tras una pausa, dijo:

—No estarás intentando decirme que vas a ir a la «poli», ¿eh?

—Es muy posible que lo haga: todavía no lo sé.

Melain se puso en pie y tiró la colilla al suelo, aplastándola con el tacón del zapato.

—Ya veo que has cambiado mucho, Claude. Tú y yo no tenemos más que decirnos. Pero te aseguro que si se te ocurre ir a la policía te acordarás de mí. Correré la voz por todos los barrios de que te has vuelto un «chivato»... y ya sabes lo que te esperará entonces.

—Haz lo que quieras.

Jean no dijo nada, limitándose a mirar con desprecio a su amigo; luego se dirigió a la puerta. La abrió y se volvió antes de salir.

—Procura pensarlo bien antes de tener que arrepentirte —dijo, cerrando

después con un portazo.

Una vez fuera llamó al ascensor, mientras encendía otro cigarrillo. Estaba nervioso, malhumorado, ya que en el fondo le hubiera gustado que Claude no se «deshinchase» de aquella vergonzosa manera.

—No hay nada que hacer —dijo con disgusto—. Claude se va a pasar al enemigo, y si se le ocurre ir a la policía el disgusto mío va a ser de órdago... ¡Tengo que hacer algo!

Cien ideas distintas le pasaron por la cabeza mientras bajaba. Una vez en la calle siguió su camino, sin saber exactamente hacia dónde dirigirse; pero sus pasos lo llevaron al Star Club, donde penetró como un sonámbulo.

Fue entonces, al percatarse del lugar en el que se encontraba, cuando sus ideas se concretaron veloz y súbitamente. Se dijo que la única persona que podía sacarle del apuro en el que se hallaba era el hombre que les había metido en aquel jaleo: Albert Almorán.

Lo buscó afanosamente; pero cuando iba hacia el fondo de la sala, donde lo había visto arreglando unos aparatos en el gimnasio, alguien se interpuso en su camino.

Era Pietro, el italiano.

—¡Hola, gigante! —saludó Lorini, con una risa que fue coreada por sus compañeros de banda, que seguían junto a las máquinas electrónicas—. ¿Has visto a Claude? Parece que anoche tropezó con una piedra y se hizo un poco de «pupa».

Jean no tenía miedo.

Estaba más que acostumbrado a las peleas callejeras y jamás había sentido temor para iniciarlas.

Además, la presencia de la totalidad de la banda de los «Americanos» no le preocupaba en absoluto, ya que sabía que allí, en el club, si surgía una pelea, sería personal y nunca los otros se atreverían a inmiscuirse.

Por otra parte, ahora; a pesar de no experimentar ya simpatía ninguna por Claude, le parecía una óptima ocasión la de demostrar a los «Americanos» que un jefe de banda «Francés» no dejaba así como así que se tendiera una trampa a uno de los suyos.

—Acabo de verle —dijo—. ¿Fuiste tú quien le pegó... ayudado por los demás?

Una zona blanca apareció alrededor de la nariz del italiano.

—¿Es que no me crees capaz de sacudir yo solo a ese idiota?

—No lo sé. Lo único que puedo decirte es que Claude me ha dado un encargo para ti.

Pietro sonrió.

—¿Un recado? —miró a los demás, guiñándoles el ojo. Luego, volviéndose a Jean, preguntó—: ¿Es que no tuvo bastante con el «recado» qué le di anoche?

—Creo que no.

Pietro frunció el entrecejo.

—¿Cuál es ese recado que te ha dado para mí?

—Éste.

Jean lanzó su puño derecho hacia el rostro del italiano, poniendo en el impulso toda su fuerza. Al choque brutal de sus nudillos con la cara de Pietro, éste retrocedió, disparado, cayendo al suelo.

Pero se levantó inmediatamente.

—Voy a romperte la crisma —dijo.

Jean, que estaba ya preparado, salvó con facilidad el rechazazo que el otro le dirigía y descargó a su vez la izquierda en un gancho corto, que hundió su puño en el estómago de Pietro, quien torció el gesto, respirando con dificultad.

—¡«Pínchale», Pietro! —gritó alguien—. ¡No te dejes avasallar por el «franchute»!

Lorini había retrocedido, con una mueca de dolor en el rostro. Y fue entonces cuando liberando una de sus manos —tenía ambas manos sobre la zona dolorida— la hundió en uno de sus bolsillos, sacando el cuchillo de resorte, que brotó de la empuñadura con un brillo helado.

—¡Voy a sacarte las entrañas! —rugió avanzando.

Se lanzó con el arma baja, seguro de llegar hasta su contrario; pero en aquel momento una mano que era más una maza se posó sobre su hombro izquierdo, haciéndole girar como una peonza; luego, la otra mano de Albert le arrancó el cuchillo con facilidad.

—¿Os habéis vuelto locos? —rugió el ex púgil—. ¿O es que queréis que se me llene el local de polizontes? Os tengo dicho no sé cuántas veces que no quiero broncas aquí. ¡Ven conmigo, Jean!

Se disolvió el grupo y Jean siguió a Albert Almorán, que lo introdujo en el pequeño despacho que tenía a la izquierda de la sala.

—Siéntate.

Melain obedeció.

—¿Quieres beber algo?

—No.

Hubo una pausa; luego Albert, que jugueteaba con el cuchillo que había quitado a Pietro, preguntó:

—¿Sabes lo de Pierre?

—Sí.

—¿Qué te parece?

—Ha sido una desgracia.

—Sí. Os portasteis como unos hombres de verdad, sobre todo el pequeño Santal. ¡Lástima que no se haya salvado! Hubiera hecho un buen tipo para tu banda!

—Ya no hay banda.

—¿Eh? ¿Qué quieres decir?

—Que la banda se ha terminado. Pierre ha muerto y Claude... bueno, mejor es no hablar de Claude.

—¿Por qué?

—Porque se ha pasado al enemigo.

—No te entiendo.

—Quiere ir a la policía.

—¿A la policía?

Jean vio que el rostro de Albert sufría una transformación radical, bestial. El hombre que había hecho salir la cuchilla del mango, pulsando el botón automático del arma, la empuñó y la clavó en la mesa.

CAPÍTULO VI



ESDE la ventana, con el rostro medio oculto tras los visillos, Claude veía el ir y venir de la gente por la calle y el incesante desfilar de los vehículos.

Hacía ya más de una hora que Jean salió de su casa y desde que su amigo se fue Oris estaba allí, ante la ventana, mirando sin ver, dejando que la amargura desfilase por su mente.

De vez en cuando sus ojos recibían una expresión externa cuando miraba a la casa que, dos edificios más allá, había sido el domicilio de Pierre Santal.

—Ahora está muerto...

Sí, muerto. Porque se habían dejado llevar, él más que nadie, por algo absurdo y tan descabellado como el sueño de un demente. Las imágenes desfilaban por su espíritu, empujadas por los recuerdos.

Y así veía a Paola, detenida a su lado, junto al portal de la casa de Pierre, veía a la muchacha sonreír, decirle aquellas cosas que tanto le habían impresionado. Y veía a Santal esperando a que él acabase su animada conversación con la linda muchacha.

—Eres un tío grande... —había dicho Pierre cuando ella se alejó taconeando calle abajo.

Claude cerró los puños.

¡Un imbécil!

Eso era lo que había sido: un estúpido al creer las engañosas palabras de la muchacha, que debía de haber ido contando sus propósitos a su hermano y los demás «Americanos».

Había sido un idiota aceptando los propósitos criminales de Albert, el siniestro dueño del Star Club.

Y había sido un cobarde por no volver, cuando escapó con la falda, en busca de Pierre para pelear a su lado, para cogerle en sus brazos cuando cayó o para morir como él había muerto, por proteger un estúpido capricho de su amigo Claude.

Se mordió los labios hasta hacerse sangre.

¿Y ahora qué?

Pierre debía de estar sobre la fría mesa del depósito de cadáveres, esperando que sus padres regresasen para que lo enterrasen. Y él, culpable de todo, estaba allí, en su casa, escondido, sin atreverse a asomarse por la ventana ni salir a la calle, cubriendo con los visillos su rostro marcado por los golpes de los «Americanos».

—¡Soy un cobarde!

Su decidió enseguida y pasó rápidamente al cuarto de baño, donde se peinó y se arregló un poco, sin que la cara que le reflejaba el espejo le causase la menor simpatía.

Luego se decidió a abandonar la casa. Cruzó la calle sin mirar a nadie,

penetró en el portal de Pierre y subió las pocas escaleras que le separaban del piso donde vivió el muchacho.

Cuando estuvo ante la puerta, dudó un instante; luego se decidió y pulsó el botón del timbre.

Tuvo que esperar unos segundos antes que la puerta se abriese. Apareció el rostro conocido de Bertha, la hermana de Santal, de la que habían estado precisamente hablando el día anterior.

¡Y él había dicho que se presentaría ante la hermana para amenazarla y obligarle a pagar lo que Jean exigía para pertenecer a la banda!

¡Imbécil!

Se la quedó mirando, sin saber qué decir.

Pero ella, completamente vestida de negro de pies a cabeza, se hizo a un lado, sonriendo tristemente.

—Pasa, pequeño.

Lo hizo.

Y lo curioso fue que las palabras de la muchacha no le ofendieron, como hubiera sucedido antes en que hubiera saltado, como un resorte, al oírse llamar «pequeño».

Ella cerró la puerta y le indicó con un gesto el pasillo, en cuyo fondo se veía la intensa iluminación de un salón.

—Tengo visita —dijo ella—, pero no creo que te importe.

—No —fue la primera cosa que dijo él.

Anduvo pasillo adelante hasta entrar en el salón. Entonces vio al hombre que estaba sentado en uno de los sillones, junto al aparato de televisión.

Se quedó junto al dintel de la puerta, obligando a la muchacha a estrecharse para pasar a su lado. Bertha avanzó hacia el hombre, y haciendo un gesto que designaba a Oris, dijo:

—Creo que era un amigo de mi hermano —se sentó, y vuelta ya de cara a Claude le invitó—: Siéntate, por favor.

Claude obedeció.

Hubo unos minutos de silencio, hasta que el hombre sacó una pitillera y la extendió hacia el muchacho.

—¿Un cigarrillo? —ofreció.

—No, muchas gracias.

—Como quieras —encendió el suyo; luego, sin quitárselo de los labios y entornando los ojos para evitar que el humo penetrase en ellos, preguntó—: ¿Así que tú eras amigo de Pierre?

—Sí. Su mejor amigo.

—¿Estabas ayer con él?

—Sí.

Vio que Bertha fruncía las cejas y que el hombre le sonreía, como si deseara calmarla.

El hombre volvió a mirarle.

—¿Le apreciabas mucho?

—Muchísimo. Era un chico estupendo... y muy valiente.

—¿Valiente?

—Sí. Lo demostró ayer tarde, cuando se agarró a las piernas del policía...

Otra vez se sobresaltó Bertha, que miraba a Claude con los ojos inmensamente abiertos.

Y el hombre, dirigiéndole una nueva mirada, se volvió hacia Oris.

—¿Y si nos lo contases todo, muchacho? Porque creo que has venido a eso... ¿no es cierto?

Claude encontraba eminentemente simpático a aquel desconocido, que lo trataba con tanta amabilidad.

No se hizo rogar.

Empezó por el principio. Habló sin precipitarse, deteniéndose cuando juzgaba que era necesario dar algún detalle.

Durante su relato, el hombre joven y de anchos hombros fumó ininterrumpidamente cinco cigarrillos. Y cuando Claude se calló el hombre le tendió la pitillera, seguro de que el joven necesitaba entonces algo para calmarse.

Y Claude aceptó.

Por su parte, Bertha estaba intensamente pálida y se mordía los labios nerviosamente.

—Así que fue Almorán el que os metió en ese jaleo, ¿eh, muchacho?

—Eso es.

—Y os había prometido un trabajo, ¿verdad?

—Así es.

—¿No os dijo de qué se trataba?

—No. Prometió decirlo cuando volviésemos, hoy...

—Comprendo.

Y volviéndose a la joven dijo:

—Me alegro mucho de que este muchacho se haya decidido a venir para que conociésemos lo que ocurrió realmente ayer en «William's». Además, ahora tenemos ya una pequeña orientación sobre el verdadero culpable.

—¡Pobre hermano mío! —exclamó ella.

—Cálmese, señorita Santal —dijo el joven. Y dirigiéndose a Claude, dijo

—: Tú, muchacho, haz tu vida normal; es decir, vuelve al colegio y no pongas los pies en ese club. Si acaso te necesitase para algo, te buscaría.

—Bien, señor.

El hombre se levantó y Claude le imitó.

—Yo... —dijo mirando a Bertha.

—¿Qué quieres? —preguntó el hombre—. Di lo que piensas...

—Estoy avergonzado de todo esto —se lamentó el muchacho—, y comprendo que la señorita me odie y sienta asco hacia mí.

—¿Y quién ha dicho que te odia? Mírala bien, Claude, y dime si es capaz de odiar.

Ella se acercó a Oris. Y poniéndole una mano sobre el hombro lo tranquilizó:

—Yo no te odio, pequeño... Y te agradezco mucho que hayas venido, porque eso me ha demostrado que apreciabas de veras a Pierre y que hubieras hecho cualquier cosa por evitar que le sucediese una desgracia tan grande.

El muchacho dijo:

—¡De eso puede estar usted segura, señorita!

—Vamos, Claude —dijo el agente de la SIP—, saldremos juntos.

Y mientras bajaban las escaleras dijo:

—Me has hecho un gran favor, muchacho. La Spacial International Police te agradece el esfuerzo. Creo que conseguiré algo con lo que me has dicho.

Se estrecharon la mano y el policía se alejó hacia el coche que había dejado al otro lado de la calle.

* * *

—No es posible.

John Liberty se movió inquieto en su asiento. Hacía media hora que hablaba sin cesar, explicando a los miembros del Comité de Ayuda a la Juventud, contándoles el caso de Pierre Santal con toda clase de detalles.

Y ahora, cuando tenía la casi completa seguridad de que los había convencido, el vicepresidente había pronunciado aquellas tres fatales palabras: «No es posible».

John suspiró pacientemente. Luego dijo:

—Lo que yo les pido, señores, es que cierren hoy mismo ese Star Club, que, como acabo de demostrarles, está dirigido por un hombre sin escrúpulos, que se ha servido de unos jóvenes para realizar una ayuda a unos atracadores con los que, sin ninguna duda, estaba en connivencia.

—Si tiene tantas pruebas, ¿por qué no lo detiene?

—No tengo pruebas, señores... aunque las tendré, más pronto o más tarde. Lo que quiero decirles, y lo repito por enésima vez, es que cerrando ese club

impediremos que otros jóvenes se vean envueltos en asuntos como el del «William's».

El doctor Anderson, vicepresidente del Comité, movió la cabera de un lado para otro.

—No podemos, señor agente, suprimir el único club donde nuestros jóvenes pasan momentos excelentes, fuera del peligro de las calles. Además, y eso podrá decírselo el alcalde de la ciudad, aquí presente, se fundó ese club, aceptando una demanda de Almorán, que era un viejo conocido nuestro, un hombre siempre dispuesto a ayudar a los niños y que, hasta que usted no me demuestre lo contrario, será para todos nosotros una excelente persona y un buen ciudadano.

El alcalde intervino:

—Además, ese niño, cuyo nombre no ha querido revelarnos, no sé por qué, ha podido mentir. Ya sabe usted cuán fantasiosos son algunos jóvenes.

John se pasó la mano por los labios resecos.

—Pero ¿es que no se dan cuenta de que yo no me hubiese atrevido nunca a venir aquí a molestarlos, sin sospechar que algo gravísimo está a punto de producirse? Por otra parte, la muerte de ese niño debería ponerles en guardia.

—Lo de ese niño, como usted dice —replicó vivamente el vicepresidente—, es nada más que una triste y desconsoladora realidad. De la misma manera hubiera podido caer cualquier otra persona que se hubiera puesto en el camino de las balas de esos bandidos. ¡Y a éstos debe usted buscar, sin molestar a los jóvenes de la ciudad!

—No olviden que el niño se abrazó a las piernas del detective para ayudar a sus amigos que huían con la falda.

—Y aunque así fuese, ¿qué importancia tendría después de todo el robo de una falda? El Comité está dispuesto a pagar su importe a los almacenes...

John tornó a suspirar.

Se estaba dando cuenta de que tropezaba con una muralla de estupidez, ya que aquellos viejos creían, los muy tercos, que él deseaba menoscabar la libertad de los jóvenes, cuando lo que deseaba era sólo salvaguardar sus vidas contra los peligros que les amenazaban.

—¿Han olvidado que los niños estaban esperando el momento en que entrasen los bandidos para darse a la fuga?

—¿Qué quiere usted decir con eso? —inquirió el doctor.

—Que, si hicieron tal cosa, fue porque «sabían» que los atracadores iban a llegar, lo que demuestra plenamente mi tesis.

—¡No lo crea usted! Ya le he dicho antes, señor Liberty, que está perdiendo el tiempo de una manera lamentable. Si se tratase de ayudarle a cazar a esos criminales, seríamos los primeros en prestarle nuestra más entusiasta colaboración. Pero nos opondremos con toda nuestra fuerza y

nuestra autoridad a que moleste a los jóvenes de la ciudad.

—Ya me doy cuenta.

—Y queremos advertirle algo más, señor Liberty: mientras no exhiba pruebas convincentes, le prohibimos que penetre en el Star Club y que moleste, de cualquier manera, a los jóvenes de cuya protección tenemos la honrada obligación de encargarnos.

—¡De acuerdo, doctor Anderson!

John salió disparado de aquel lugar, maldiciendo el momento en que había creído en que aquellos hombres iban a ayudarle para salvar a los muchachos.

¡Estaban ciegos como topos!

Aquella misma noche y utilizando una línea especial, Liberty estableció comunicación con Washington, logrando coger Callowan en su despacho.

Le hizo un detallado informe de cuanto había ocurrido, desde el día anterior hasta la reunión que había tenido con los miembros del Comité.

—¡Están ciegos, señor Callowan! Y ya comprenderá usted que mientras ese Almorán cuente con la impunidad de que goza, no podremos hacer nada.

—¿Qué dice la policía sobre los atracadores?

—Los están buscando.

—¿Hay alguna pista?

—Sí. Todos los testigos que había en el almacén coinciden en una cosa.

—¿Cuál?

—En que los atracadores andaban de manera rara, como si les costase mantenerse en equilibrio.

—¿Y eso qué tiene que ver? Seguramente tomaron unas copas de más para animarse.

—Es posible, señor.

—Bien. Yo voy a hablar esta misma noche con los del Consejo Mundial, para ver si obtenemos una autorización para entrar en el Club. Creo que un buen registro nos ayudaría mucho.

—¡Desde luego, señor Callowan! Seguro que allí encontraríamos el dinero robado.

—No corras tanto, muchacho. Un poco de paciencia. Mañana te enviaré un telegrama en clave, dándote cuenta de lo que haya obtenido.

—¿Y mientras?

—Procura no moverte mucho. Seguro que te vigilan los alrededores del Star Club. No conviene, en modo alguno y hasta que yo vea si puedo conseguir algo del Consejo Mundial, que nos crean interesados por ese local.

—¿Teme que nos llamen «traganiños» señor?

Callowan dejó oír una risa clara al otro lado del espacio.

Después dijo:

—No es eso, John... Pero hay que esperar. ¿Y qué se sabe de la familia del niño muerto?

—Los he visitado —dijo Liberty, mordiéndose los labios al darse cuenta de la magnífica intuición del hombre con quien hablaba—. El entierro se hará mañana.

—¿Cómo han reaccionado?

—Ya puede usted imaginárselo.

—¿A quién culpan del asunto?

—Los padres del niño fallecido se han dado cuenta de las cosas y están completamente de acuerdo en responsabilizar de todo esto a ese Club donde se reúnen.

—¿Y los demás?

—A eso iba, señor Callowan: los demás están demasiado entusiasmados con el trabajo en la Zona Norte: les pagan maravillosamente bien y ellos se encuentran ante una inesperada ocasión de hacer fortuna... Y no quiere decir esto que no lamenten lo ocurrido o no sientan miedo de que pueda sucederles lo mismo; pero la precipitación de su trabajo y el ansia de ganar dinero no les deja tiempo para razonar como debieran hacerlo.

—Comprendo la situación.

—Por otra parte y debido siempre a lo mismo, los padres prefieren confiar en el Comité de Ayuda a la Juventud, seguros de que mientras ellos están alejados del hogar, esos señores cuidan de sus pequeños...

—Lo que no sucede, ¿verdad?

—No es eso, señor. El Comité, por lo que he podido ver, se ocupa de muchísimas cosas: ha montado restaurantes especiales para los jóvenes y los niños, nombró un cuerpo de inspectores, intenta protegerlos de mil modos distintos.

—¿Quiere decir eso que obran de buena fe?

—Desde luego. Pero son todos de edad avanzada y pierden el contacto con la realidad de una manera tristemente fácil. Están convencidos de que su Comité es lo mejor que hay y nadie podría, como vulgarmente se dice, «apearles del burro».

—La situación ha sido claramente expuesta, muchacho. Pronto recibirás noticias mías. Limítate a pensar con cuidado en una solución desde ahí, ya que podría suceder que no consiguiésemos el apoyo del Consejo, puesto que el Comité de Ayuda a la Juventud cuenta con muchísimas simpatías en su seno. ¿Entendido?

—Perfectamente, señor.

—Claro que, en última instancia, nos lanzaríamos a la lucha con permiso o

sin él, pero sólo si tuviésemos pruebas o la seguridad de obtenerlas en una operación relámpago.

—Comprendo.

—Yo creo que, si tuviésemos una pista de los atracadores de ese almacén, podríamos llegar al nudo del asunto.

—La policía sigue investigando, señor.

—Continúa en relación con ella por si encontrasen algo. Y ahora voy a dejarte. ¿Quieres alguna cosa más?

—No, muchas gracias, señor Callowan.

—Hasta pronto, muchacho.

—Adiós.

John colgó. Encendió un cigarrillo y se quedó pensando en todo lo que el Viejo le había dicho.

Desde luego, la situación no podía estar más estúpidamente enfocada... ¡Y todo por la culpa de aquellos vejestorios del Comité que, como había informado al jefe de la Spacial International Police, estaban empeñados en no ver las cosas con los ojos abiertos, prefiriendo sugestionarse, autosugestionarse, creyendo que el Comité era infalible.

Aunque, como dijo el Viejo, lo más interesante era seguir la pista de los atracadores.

Tendría que hablar con la policía.

Se levantaba para ponerse la americana y la gabardina cuando el teléfono sonó de nuevo.

—¿Diga? —inquirió, después de descolgar.

—Soy el inspector Baxter, amigo Liberty...

Baxter era el hombre de la policía con el que más relación tenía.

—¿Dígame, Baxter?

—Necesito que venga enseguida...

—Voy para allá.

Momentos más tarde, el coche le dejó ante la puerta de la Central de Policía; pero cuando se disponía a bajar del vehículo, vio a Baxter, que debía estar esperándole allí, correr hacia él.

—¡No baje, John! —advirtió el policía.

Subió él al vehículo y tras haber estrechado la mano del agente de la SIP dijo:

—Tome Central Avenue y vaya hacia el sur.

—¿Qué hay?

—Pronto lo verá.

Liberty apretó el acelerador, atravesando aquella parte de la ciudad a gran

velocidad. Luego, una vez en los barrios residenciales, tomó la carretera que Baxter le indicaba.

Pronto anochecería.

No tardó en ver un grupo de policías, junto a algunos coches, al borde de la carretera.

—Pare ahí —le dijo Baxter.

Obedeció y saltó al asfalto al mismo tiempo que el otro. Luego se acercaron rápidamente al grupo de policías, que se abrió, saludándoles.

Baxter dijo:

—Ahí lo tiene usted.

Un estremecimiento recorrió la espalda de Liberty.

El cadáver del niño estaba en la cuneta, con un balazo en la espalda.

—¿Ha sido identificado? —inquirió John, intentando dominar la rabia y la emoción que sentía.

—Sí.

—¿Quién es?

—Uno de los chicos que estuvieron en el almacén: se llama...

—¡No me lo diga! Es Jean Melain.

—El mismo. ¿Cómo lo sabe?

—No tiene importancia. Deje que regrese a la ciudad, Baxter; es urgente.

—Como usted quiera.

Batió todos los récords al volver a New City y durante todo el trayecto su mente no dejó de decirle que el problema que se planteaba ahora estaba claro como el día.

Jean sabía que Albert los había contratado, indirectamente, para ayudar a los amigos, los asaltantes del almacén. Por eso había sido suprimido.

Pierre Santal estaba también muerto.

¡Pero quedaba un testigo!

¡¡Claude era el único que sabía aquello y no iban a perder mucho tiempo los que habían matado a su amigo en echarle la mano encima y enmudecerle para siempre!!

Frenó ante la casa de Oris y subió como una exhalación hasta el piso, desdeñando el ascensor.

Pulsó el botón y nadie contestó...

CAPÍTULO VII



Al salir del colegio, Claude pasó por el restaurante del barrio y cenó ligera y frugalmente, ya que seguía sin tener mucho apetito.

La verdad es que no había hecho muchísimo caso a las explicaciones de los profesores y no dejó de pensar ni un solo instante en Pierre y lo que su hermana le había dicho aquella misma mañana cuando fue a visitarla.

Pensó también en el hombre de la SIP, en su amabilidad y su fuerza, en la serenidad que se desprendía de su persona y en el alegre y decidido brillo que había en sus ojos.

Desde luego, los hombres que estaban al lado de la Ley eran mucho más atractivos, desde todos los puntos de vista, que los otros. Y al comparar al agente de la SIP a Albert Almorán, el joven hizo un gesto de desagrado, imaginando que los amigos del siniestro expúgil, los asaltantes que no conocía, debían de ser muy parecidos al dueño del Club.

La idea del Star Club le llevó a pensar en Jean y en lo que habría pensado de su desertión; pero, después de todo, y no dejando por eso de apreciar a Melain, le importaba muy poco lo que su antiguo «boss» —¡qué desagradable significación poseía ahora aquella palabra!— pensase de él.

Terminando de cenar, se dijo que debía hacer un esfuerzo para adaptarse a la nueva vida que había escogido y que debía haber sido lógicamente y desde el principio su vida normal.

Tenía que ponerse a estudiar rápidamente y confiaba plenamente en sí mismo; estaba seguro de que pronto alcanzaría a los que no habían dejado de asistir a las clases.

¡Qué sorprendidos —desagradablemente era la verdad— habían estado los profesores al verle aparecer!

Pero la sorpresa de aquellos maestros se duplicó al ver, con asombro, que Claude se comportaba correctamente. Y al terminar las clases, todos se acercaron para estrecharle cordialmente la mano.

¿Cómo había estado tan ciego para no darse cuenta de que aquello era lo que podía convertirle en un hombre de provecho?

Abandonó el restaurante con una moral mucho más confiada y fuerte. Se sentía otro. Y estaba dispuesto a defender su punto de vista si Jean se atrevía a decirle algo.

Ya era completamente de noche y casualmente pasó ante uno de los puestos de periódicos, cuatro manzanas antes de llegar a su casa.

Pero quizás el detenerse fue porque había visto un grupo de gente arremolinada en aquel lugar, comprando ávidamente la última edición de uno de los periódicos.

Les imitó y adquirió uno.

Pero cuando unos metros más allá lo desdobló tuvo que pararse, acercándose a la pared, con el corazón latiéndole a una alocada velocidad.

El retrato de Jean estaba allí, en primera página a cuatro columnas. Y sobre la foto, una de las que Claude conocía, de su amigo —pensó que debía tener una igual guardada en su casa—, se extendían los llamativos titulares, con letras de un grosor impresionante.

¿QUÉ OCURRE CON LOS JÓVENES?

El cadáver de éste ha sido hallado, esta tarde, en las afueras de la ciudad. Se llamaba Jean Melain y ha sido asesinado de un balazo en la espalda...

¡Jean muerto!

Después de Pierre, el jefe de los «Franceses» había caído para no

levantarse más. Lo que quería decir...

No se necesitaba ser un lince para comprender que alguien estaba interesado en hacer desaparecer a los testigos del robo del almacén y que habían sido animados por el exboxeador.

¡No cabía duda!

¡Almorán estaba detrás de aquellos que habían asesinado tan vilmente a Jean!

Claude cerró los puños con fuerza.

Pensó que aquella misma mañana, cuando Melain le visitó, podía haber tenido la ocasión de convencer a su amigo y alejarle del ambiente en que estaban metidos hasta el cuello.

¡Pero no había pensado en ello y le había dejado marchar hacia la muerte!

¿Cómo podía haber pensado lo que esperaba a Jean?

Al recordar las palabras hipócritas de Albert, cuando les había prometido «algo maravilloso para ganar dinero», si hacían lo que llevaron a cabo en el «William's», una rabia indecible se apoderó de él.

¡Canalla!

Echó a andar por la calle, ya casi completamente vacía. Y fue bastante más lejos, cuando cruzaba la que estaba ante la casa donde vivía, cuando se dijo que Almorán no iba a detenerse ya, después de la muerte de Jean.

¡Y él era el único que podía decir a la policía, que lo había dicho ya pero que podía demostrarlo con su palabra, que Albert Almorán era el culpable de todo!

¡¡Estaba en peligro!!

Miró hacia todos los lados y vio la calle casi desierta; sólo un hombre se alejaba hacia el centro de la ciudad, allá lejos.

No tenía el miedo físico a ser asaltado, sino el temor de que consiguiesen matarle antes de que pudiera decir la verdad ante un tribunal...

Pero ¿le creerían?

Tenía que encontrar pruebas y no podía hacerlo solo.

¡Cuánto le habría gustado encontrar a su amigo, el agente de la SIP, para decirle que estaba dispuesto a trabajar con él!

Una emoción se apoderó de él al verse transformado en un colaborador de la Spacial International Police.

Siguió andando, dejándose acunar por los sueños que poblaban su mente. Y fue entonces, cuando estaba ya a una docena de metros de la puerta de su casa, cuando oyó el coche que avanzaba silenciosamente tras él.

Por el momento, sin osar volverse, se dijo que jamás llegaría hasta la puerta, si lo que deseaban era disparar sobre él. Por eso, pensando lógicamente, en las décimas de segundo que precedieron a su decisión, se

arrojó al suelo, sin dudarle.

Al mismo tiempo, un estrépito formidable le envolvió, uniéndose los disparos con el silbido rabioso de las balas que chocaban y rebotaban sobre la pared, haciendo saltar trozos de cemento.

Alguien gritó y se oyeron ventanas que se abrían.

Sin perder el tiempo, sabiendo que su casa tampoco podía ser un sitio seguro, el muchacho echó a correr, todo lo que daban de sí sus piernas y penetró por la primera calleja que encontró a su paso.

Siguió corriendo, por calles cada vez más desiertas.

* * *

John dio un puñetazo en la mesa.

—Tenemos que encontrar a ese muchacho —dijo.

Baxter asintió.

—Nos damos cuenta del peligro que ese chico corre —repuso—. Y haremos lo posible para encontrarlo. Ya hemos dado sus datos personales a todas las patrullas y los coches están buscándolo por toda la ciudad.

—Hay que darse cuenta de que ahora los bandidos han cometido un error, que empezó cuando mataron al pobre Jean. Si cogemos al chico con vida, será el mejor testigo para obligar al Comité a dejar de hacer imbecilidades e, incluso sin su permiso, hacer un registro a fondo en el Star Club.

Baxter preguntó:

—¿Cree verdaderamente que encontraría algo allí?

—¡Estoy seguro! Lo que ocurre, para que así sea, es que Albert Almorán sabe que goza de una impunidad completa y que, sin la autorización del Comité, no podemos entrar en su local.

—Eso es cierto.

—Y de eso se fía, amigo mío. Pero en cuando tenga a Claude a mi lado, entraré allí aunque el hacerlo me cueste mi puesto en la SIP.

—Creo que tiene usted razón.

Iba a decir algo más cuando el teléfono se dejó oír.

—¿Diga? —inquirió el policía.

Escuchó atentamente durante unos segundos; luego, poniéndose en pie, pero sin colgar el aparato anunció:

—¡Vamos enseguida! ¡Vigilen todas las calles adyacentes!

Y colgó.

—¿Qué ha ocurrido?

—Un tiroteo en la calle donde Claude vive.

Liberty dio un salto.

—¡Vamos corriendo!

No tardaron más de cinco minutos en llegar al lugar del suceso. La calle estaba ocupada por los coches de patrulla y algunos policías mantenían el orden entre la gente que intentaba acercarse para curiosear.

Un inspector se acercó a ellos.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Baxter.

—Un coche disparó contra un niño, ahí tiene usted la pared acribillada a balazos.

—¿Lo alcanzaron?

—No. Algunos vecinos, al abrir las ventanas, vieron al pequeño que corría calle abajo.

—¿Han recorrido los lugares?

—Estamos patrullando en todo el sector, señor; pero hasta ahora sin resultado.

—Bien. Seguiremos buscando sin descanso. Somos responsables de la vida de ese niño.

Liberty se había puesto pálido.

—Tenemos que encontrarlo. ¿No estará en su casa? —y dirigiéndose al inspector, que estaba junto al coche preguntó—: ¿Han subido a su domicilio?

—No.

Intervino Baxter.

—¿Es que cree usted que está allí, John?

—No lo sé seguro, pero es muy posible que haya aprovechado el jaleo para volver al sitio donde puede estar más seguro: en su propia casa.

—Vamos a verlo.

Bajaron del coche y se dirigieron hacia la puerta. La guardaban dos policías. Una vez en el ascensor John dijo:

—Es curioso que la actitud valiente de Claude Oris haya precipitado las cosas y hecho perder la cabeza a los culpables.

—¿Por qué dice usted eso?

—Porque es así: si Claude hubiera hecho caso a Jean y salido de su casa, yendo como supongo que lo hizo Melain, al Club, estarían ahora los dos en el depósito. Pero la decisión de Claude, que estaba destrozado de dolor por la muerte de Pierre, cambió todos los planes de la banda y precipitó la decisión de Albert, ante el miedo que los muchachos hablasen, y empezó por eliminar al que tenían más a su alcance.

—¿A Jean?

—Sí. Y luego se lanzaron en busca del único que quedaba y que podía comprometerles.

El ascensor se detuvo.

Una vez en el rellano, Baxter cerró las puertas del ascensor mientras Liberty encendía un cigarrillo.

Y fue en aquel momento cuando la explosión les ensordeció, echándoles hacia el fondo del pasillo por la fuerza de la expansión.

—¿Eh?

Tuvieron que esperar unos segundos hasta poder ponerse de nuevo en pie.

Luego avanzaron entre el humo que invadía el pasillo.

De la casa de los Oris no quedaba absolutamente nada. Y cuando, ayudados por los agentes que acudieron al oír la explosión, recorrieron el destrozado apartamento, comprobaron con alegría que no había allí restos humanos de ninguna clase.

—Ha escapado de buena —dijo Baxter.

Y John, mordiéndose los labios, dijo:

—Ya ve usted, amigo, que están dispuestos a que no se les escape. ¡Pobre muchacho! ¡Daría diez años de vida por saber dónde se encuentra ahora Claude!

* * *

Cuando el corazón amenazaba salirse del pecho, Claude se detuvo, respirando con dificultad, lejos ya de su barrio.

Todavía estaba emocionado por los acontecimientos de su calle. Y al pensar en los disparos que le habían hecho, casi a boca de jarro, tuvo que admirarse de haber escapado con vida.

«Quieren matarme» —pensó—. «Y no cejarán en sus propósitos hasta que lo consigan».

Se estremeció.

Sin embargo, poco a poco, mientras descansaba en aquel callejón, dejando que las ideas se posasen dulcemente, llegó a considerar las cosas desde un punto de vista completamente nuevo, sonriendo al haber encontrado una idea que, con un poco de suerte, podía servir.

Sonreía cuando empezó a andar hacia el sur, utilizando no obstante las calles más apartadas, evitando cuidadosamente las iluminadas y con presencia de público, aunque el número de transeúntes disminuía a ojos vista.

Desde luego, le parecía casi imposible encontrar a su amigo de la SIP, ya que no podía fiarse de nadie. Por esto, cuando vio un coche avanzar quedamente por una calle, se escondió y no salió aunque comprobó que se trataba de uno de los policías de patrulla.

¿Y si Albert, sabiendo que los agentes le buscaban, no camuflaba su coche de aquella manera?

No estaba dispuesto a arriesgarse, sobre todo ahora que tenía un plan que, a medida que lo maduraba, le parecía cada vez mejor.

Cuando llegó a la casa hacia la que se había dirigido, vio que el portal estaba abierto y penetró, después de cerciorarse que nadie había por los alrededores.

En vez de coger el ascensor, prefirió subir los seis pisos por las escaleras.

Una vez ante la puerta, prestó oído, pues le hubiera molestado que las personas mayores estuviesen. Pero también los padres del muchacho al que se proponía visitar debían de estar trabajando en los nuevos turnos intensivos del norte.

Llamó al timbre.

No tuvo que esperar mucho. La puerta se abrió casi enseguida, dejándole ver la alta silueta de Peter Dusen, que le miró con los ojos abiertos por el asombro.

—¿Tú? —inquirió.

Y Claude, sin contestar a la pregunta, preguntó a su vez:

—¿Puedo entrar?

—Pasa.

Peter cerró la puerta tras Claude, precediéndole después hasta que llegaron a un salón donde Peter había dispuesto la mesa para comer.

—¿Has cenado?

—Sí.

—Yo, no. Y voy a hacerlo. ¿Qué querías?

—Hablar contigo.

—¿Puedes hacerlo mientras ceno? Tengo mucha hambre.

—Ve comiendo y yo te iré hablando.

Así intentó hacerlo Peter; pero, en cuanto Claude empezó a contarle lo sucedido, el «Inglés» dejó el tenedor a medio camino entre el plato y la boca, mirando al otro sin pestañear.

—¡Es increíble! —exclamó dejando caer el tenedor.

—Pues puedes creerlo, Peter. Yo también he tenido que pensar y meditar mucho hasta poder creer que Albert jugaba peligrosamente con nosotros y que, en el fondo, le importábamos muy poco.

—Pero ¿es posible que haya él ordenado la muerte de Jean?

—¿Quién quieres que haya sido?

Peter Dusen se frotó el mentón.

—Desde luego, nadie sino él se hubiera atrevido a hacer daño a tu jefe de banda. ¡Lástima! Jean era un chico estupendo.

—¿Y Pierre?

—Lo mismo, pero lo de Pierre fue casual.

—No lo creo.

—¿Eh?

—Yo no estoy muy seguro de que cuando Pierre cayó fue por pura casualidad. Podían haber disparado contra el detective, que era mucho más alto que Santal, sin necesidad de acribillar a éste.

—Es espantoso.

—Por eso he venido a verte, Peter. Tú eres el jefe de la única banda en la que yo puedo confiar ahora. Los «Ingleses» habéis sido siempre correctos con los demás y os habéis portado bien con todos.

—Nunca hemos querido meternos con los otros: eso es cierto.

—Ahora se nos presenta la ocasión de poder hacer algo importante, Peter. ¿Te das cuenta?

—No te entiendo bien.

—Pues voy a explicártelo en pocas palabras. Hasta ahora y desde que nuestros padres han ido a trabajar al norte, no hemos hecho más que el tonto. Nos hemos creído muy listos al formar las bandas, pero en realidad hemos hecho el juego de Albert, tocando estúpidamente a su son.

—Es cierto.

—Además, él, en vez de agradecérnoslo protegiéndonos, como era su deber, ha pensado emplearnos, sin importarle nada nuestra felicidad y la de nuestros padres.

—Sí.

—¿No crees que ha llegado el momento de demostrarle que nuestras bandas están dispuestas a defender los verdaderos intereses de los jóvenes?

—Desde luego. Pero, ¿qué podríamos hacer?

—Muy sencillo. Ya te he dicho que en la casa de Pierre conocí a un tipo formidable...

—¿El agente de la SIP?

—Sí. Me di cuenta entonces de lo hermoso que debe de ser estar al lado de la Ley, defender a la gente contra las ambiciones locas de los bandidos. Y por eso se me ocurrió venir a verte. ¿Qué te parecería si con tu banda formásemos una especie de policía juvenil?

Los ojos de Peter brillaban como ascuas.

—¡Magnífica idea! Pero ¿cómo lo haremos?

—Pues haciéndolo. Albert cuenta con los «Americanos», que están dispuestos a seguir por su camino. Nosotros seremos la fuerza opuesta, los jóvenes que investigarán las muertes de Pierre y Jean y que sabrán vengarlos, entregando a los culpables a la policía.

—¡Formidable!

—Es una idea que se me ha ocurrido y que enseguida me ha conquistado.

—¡Cuenta conmigo!

—Bien. Y has de saber que incluso tengo el nombre para nuestra nueva organización legal.

—¿Cuál es?

—Nos llamaremos los «Space Boys». ¿Qué te parece?

—Un nombre estupendo. Voy a llamar a todos los otros y tendremos una reunión general esta misma noche.

—¿Pero es que no vas a comer? —preguntó Claude, señalando lo que había sobre la mesa.

El otro sonrió, encogiéndose de hombros:

—¡Bah! ¿Qué importa ahora la comida? Un «Space Boy» ha de saber ayunar cuando se presenta una lucha como la que vamos a empezar mañana mismo.

CAPÍTULO VIII



H, muchachos! ¡Un momento! —gritó Joe, mirando a los miembros de su banda—. ¿Quién quiere apostar a que consigo en una tirada trescientos mil puntos?

Tenía las dos manos agarradas a los mandos electrónicos de la máquina y un cigarrillo apagado colgaba de su labio interior.

Lorini sonrió a su lado.

—¡Cómo se ve que todos tenemos «pasta», ¿eh?!

—Déjate de cuentos y haz una buena apuesta...

El italiano frunció el ceño.

Luego aceptó:

—¡Va por doscientos créditos! ¿Vale?

—Desde luego.

Joe se dispuso a tirar, pero el italiano le dio un golpe en el codo.

—¡Imbécil! ¿Es que quieres ganar con trampas?

Se acercó a él para hablarle en voz baja:

—Mira quién llega, Joe.

Porter se volvió y miró hacia la entrada. Vio a los ingleses en grupo, pero frunció el ceño al divisar a un negro junto al jefe.

—¿Eh? —exclamó, soltando los mandos de la máquina, que había perdido toda su importancia para él en aquellos momentos.

—Sí —dijo Pietro—. A mí también me ha extrañado verles con un negro.

—No lo comprendo.

Y «White», el moreno de los «Americanos», dijo acercándose a su jefe:

—¿Te has dado cuenta, Joe? ¡Uno de los míos entre los «Ingleses»!

—¿Lo conoces?

—Nunca lo vi.

—Vamos a ver quién es...

Abandonaron las máquinas y avanzaron hacia los «Ingleses», que se habían sentado a una mesa, no lejos del mostrador.

—¡Hola, Peter! —saludó Joe, dirigiéndose al jefe de la banda de los «Ingleses».

—Hola, Joe.

Porter señaló al negro.

—¿Es de los vuestros?

—Sí.

—¿Y no sabes que cuando se va a ingresar en el Star Club hay que solicitar la entrada que autorizarán entre todos los jefes de bandas?

—A eso venía.

—¡Ah!

Joe no había conseguido «picar». Dijo sonriendo:

—¿Creí que los tipos de color no os interesaban a los «Ingleses»?

—Pues ya ves que sí. Los tiempos cambian y hay que adaptarse a ellos.

—¡Qué bien hablas, Peter!

Dusen se encogió de hombros.

—¿Quieres dejarnos ahora, amigo? Tenemos que charlar de nuestras cosas.

Joe palideció. Y cerrando los puños dijo:

—¿Es que quieres desafiarme, Peter?

—Nada de eso. Sólo te he rogado que nos dejes charlar de nuestros asuntos.

Joe sonrió entonces.

—¡Ah! —dijo mirando a los suyos, con un guiño descarado—. ¡Eso cambia! Si me lo «ruegas», nos iremos...

—Te lo ruego otra vez, Joe...

La voz de Albert, que acababa de aparecer en la puerta de su despacho, cortó lo que el «Americano» iba a decir.

—¡Eh, Joe! ¡Muchachos! ¿Es que no vais a ayudarme esta mañana?

—Ya vamos, Albert...

Se alejaron y desaparecieron después por la puerta del fondo, precedidos por Almorán.

Peter se volvió entonces hacia el «negro».

—¡Uf! —exclamó—. Por un momento creí que te habían reconocido, amigo.

Claude sonrió.

—No son tan listos como parecen. Lo que les ocurre a los «Americanos» es que están tan pagados de ellos mismos, que no ven a medio metro.

—¡Lástima que hayan venido tan temprano!

—No te importe. Se irán y podremos llevar a cabo nuestra primera parte del plan.

—¿Y si comen aquí?

—Comeremos nosotros también. Tenemos bastante dinero para permitirnos todos los lujos. No nos moveremos de aquí hasta que no podamos echar una ojeada a todo el local. ¿No habíamos quedado en eso?

—Sí.

—Pues no hay nada más que hablar.

Erwin Dean, uno de los «Ingleses», llamó la atención de los dos muchachos.

—¡Cuidado! —advirtió en voz baja—. ¡Ahí viene Albert!

En efecto, el dueño del local se acercaba sonriente, moviendo su cuerpo de oro al compás de su marcha.

—¡Buenos días, muchachos! —saludó.

—Hola, Albert —repuso Peter.

Y el patrón del Star Club, fijándose en el «moreno» comentó:

—Veo que habéis hecho una nueva adquisición.

—¿Te lo ha dicho Joe?

—Sí. Pero no debes tomarlo a mal, Peter. Yo os aprecio a todos igual y no quiero que os enfadéis entre vosotros. «Americanos» e «Ingleses» sois las dos mejores bandas que nunca hubo en la ciudad.

—¿Y qué me dices de los «Franceses»?

Albert frunció el ceño.

—¡Estupendos muchachos también! ¡Lástima que se hayan metido en jaleos y dos de ellos hayan caído! ¡Si yo cogiese al puerco que ha matado a Jean!

Claude tuvo que morderse los labios para no saltar.

—Era un tipo estupendo —siguió diciendo Almorán—. ¡Y justamente cuando le iba a proponer un asunto magnífico, que iba a llenarle los bolsillos de dinero!

Peter no perdió la ocasión.

Y lanzándose a sabiendas en el anzuelo que le echaban, dijo:

—Ya vemos que tus preferencias van hacia los «Franceses» y los «Americanos», Albert.

—¿Qué quieres decir?

—Que nunca te acuerdas de nosotros. Mucho decir que los «Ingleses» son buenos, pero nada de echarnos una mano.

Albert sonrió.

—¡Qué bobos sois! ¡Pero si precisamente venía ahora a proponeros algo estupendo!

—¿De veras?

—Lo juro.

—¿Entonces?

—Es muy sencillo: no hay más que llevar unas cajitas de cartón a las casas

cuyas direcciones os daré. Entregáis las cajas y os pagarán su importe; el cinco por ciento es para vosotros.

—¿Y cuánto vale cada caja?

—Doscientos pavos.

Peter emitió un silbido.

—¡No está mal! ¿Cuándo podemos empezar?

—Hoy mismo.

—¡Pues para luego es tarde! ¿Dónde están esas cajas?

—Venid conmigo.

Le siguieron y penetraron por una puerta del fondo, que jamás habían atravesado.

Bajaron unas escaleras hasta encontrarse en una especie de almacén, lleno de estanterías laterales, repletas de cajas que parecían de zapatos.

Albert tomó una y la abrió. De su interior sacó cajas mucho más pequeñas, aproximadamente del tamaño de las utilizadas para contener tarjetas de visita.

—Aquí tenéis —dijo, entregándoselas a Peter—. Hay cincuenta y las direcciones están en un papel que voy a daros. Pero tengo que haceros una advertencia.

—¿Cuál?

—No conviene que sea el mismo el que entrega la caja y recibe el dinero.

—¿Cómo lo haremos entonces?

—Es muy sencillo. Uno de vosotros sube a la casa, mientras el de las cajas se queda en el portal. Cuando le abran la puerta, dice que la caja está abajo, pero que hay que pagar por adelantado. El tipo lo hace así y entonces sube el otro con la caja, cuando el del dinero se ha separado del cliente lo suficiente para que no le quite el dinero.

—¿Tan mala gente es?

—Hay que tener cuidado con ellos: eso es todo.

—Bien. No te preocupes, Albert: seguiremos tus instrucciones al pie de la letra.

—Ya sé que sois unos tipos listos.

El almacén contenía también cajas grandes que ocupaban el fondo.

Albert les dio la lista y salieron todos de allí.

Y una vez fuera, Peter preguntó:

—¿Es que los «Americanos» han hecho este trabajo, Albert?

—Sí. Lleven haciéndolo hace bastante tiempo. Pero ahora les he ordenado otra cosa: quiero que encuentren al pobre Claude.

Peter exclamó:

—¿A Claude Oris?

—Sí. Me he enterado de que hay unos bandidos que le persiguen y cómo sé que la policía no hará nada positivo, he dicho a Joe que lo busque y lo traiga aquí. En ningún otro sitio estará tan seguro.

—Desde luego.

Estaban junto al almacén y Albert cerró la puerta, metiéndose la llave en el bolsillo.

Frunció entonces el ceño y miró a los chicos.

—¿Y el negro? —inquirió.

—Le dije que nos esperase en la calle —repuso rápidamente Peter—. Ya comprenderás que siendo nuevo no conviene que sepa demasiadas cosas.

Albert sonrió.

—¡Eres un tío listo, Peter! Te aseguro que llegarás muy lejos.

—Gracias, Albert. Vamos a trabajar...

Y cuando habían dado media docena de pasos, se volvió.

—¡Ah! Quería decirte algo, Albert.

—¿El qué?

—No nos llares más «Ingleses», ¿sabes?

—¿Por qué?

—Hemos cambiado el nombre de la banda. Ahora nos llamamos «Space Boys». ¿Qué te parece?

—Estupendo. Estoy seguro de que ese nombre se hará famoso.

—No lo sabes tú bien. ¡Adiós!

—¡Mucha suerte!

—Gracias.

Abandonaron el Club y una vez fuera, Peter, lanzó un suspiro.

—¡Uf! —exclamó—. Por un momento creí que se había dado cuenta de que Claude se había quedado escondido en el almacén.

Peter dijo:

—No quisiera estar yo en su pellejo.

—Claude es un valiente.

—Pero de poco le servirá si el otro tiene la llave en el bolsillo.

—Ya veremos más tarde. Vamos a ver lo que nos ha dado. La cosa empieza a marchar.

* * *

Cuando la puerta se cerró y el almacén quedó sumido en una oscuridad completa, tras apagar Albert la luz, Claude, detrás de las cajas en que se había escondido, se sintió desfallecer un tanto, al oír la llave girar en el interior de la

cerradura.

No podía olvidar que estaba encerrado y que iba a ser muy difícil salir de allí.

Procuró dominar sus temores y se incorporó diciéndose que no debía afectarse por nada, ya que ahora contaba con unos amigos que eran capaces de hacer cualquier cosa por él.

«Lo importante —se dijo— es encontrar algo aquí que me demuestre la culpabilidad de Albert».

Aunque, pensándolo bien, estaba la droga, pues no cabía la menor duda de que era eso lo que contenían las cajitas.

Tenía que haber sospechado en algo semejante desde el principio. Pero Claude, como la totalidad de los muchachos que frecuentaban el Club, estaban convencidos de que Almorán no era más que un entusiasta de los jóvenes, la única persona en la ciudad que parecía comprenderlos por completo y estar siempre dispuesto a salir en defensa suya.

¡Ahora lo comprendía todo!

Se movió con cuidado, haciendo lo imposible por no hacer ningún ruido que pudiera oírse desde el exterior. Avanzó hacia el sitio donde había visto el conmutador de la luz y la encendió.

Una simple ojeada a las cajas le hizo ver que casi todas ellas estaban llenas, lo que significaba que todo aquello valía una verdadera fortuna.

Pero a Claude no le interesaba la droga. Necesitaba algo más importante.

Después de abrir media docena de cajas y comprobar que todas contenían lo mismo, dirigió su atención hacia las grandes, tras las que se había ocultado; su tamaño era ya sospechoso.

Eran de cartón y no le costó mucho darles la vuelta para abrirlas sin dificultad alguna. Frunció el entrecejo, pero una observación más detallada de lo que había descubierto le demostró que había encontrado lo que buscaba.

Una alegría enorme se apoderó de él.

¡Ahora sí que podía vengar la muerte de sus dos amigos! ¡Porque allí estaban las pruebas de algo en lo que jamás hubiera querido sospechar!

Y fue en aquel momento cuando oyó, con una claridad que le heló la sangre en las venas, el ruido de la llave al ser introducida en la cerradura.

Era imposible llegar hasta el otro lado para apagar la luz.

¡Estaba irremisiblemente perdido!

* * *

Albert terminó de beber la copa de *whisky* puro que se había servido.

El local estaba vacío y el expúgil lanzó una mirada hacia el fondo, mientras su mente astuta no dejaba de trabajar sobre algo que le estaba preocupando desde que los «Inglese» se habían ido.

¿Los «Ingleses»?

¿Cómo demonios le había dicho Peter que se llamaban ahora...?

¡Ah, sí... «Space Boys»!

Albert soltó una carcajada.

¡Pobres imbéciles!

¿Qué le importaban a él sus locuras de niños, si sacaba de ellos lo que deseaba? Después de todo podían llamarse como quisieran. Porque para él siempre tendrían el mismo nombre: imbéciles.

Claro que se los había metido en el bolsillo a costa de muchas dificultades y sacrificios, ya que muchas veces se había comido los puños al no haber podido darles la paliza que deseaba descargar sobre algunos de ellos.

Pero su paciencia le había dado mucha suerte.

Claro que ahora, volviendo a sus preocupaciones, no estaba muy convencido de no haber visto al negro en el almacén. Aunque, ¿qué haría aquel moreno, si había cerrado cuidadosamente la puerta con llave?

De todos modos, no estaba tranquilo.

En el almacén había demasiadas cosas de valor y algunas otras que, sin valer tanto, eran peligrosas para él.

Como la dinamita.

Abandonó el mostrador y se dirigió hacia el fondo del local.

Fue en aquel momento cuando vio la luz que se filtraba bajo la ranura de la puerta del almacén. Ahora ya no le cabía duda alguna de que el negro estaba allí dentro, pues estaba seguro de haber cerrado la luz antes de hacerlo con la puerta.

Se mordió los labios y sus ojos lanzaron chispas.

Luego introdujo la llave en la cerradura.

CAPÍTULO IX



ETER había abierto una de las cajas y mostraba su contenido a sus amigos, reunidos todo en un lugar donde nadie podía verlos.

—¿Os dais cuenta? ¡Es droga!

—Entonces los «Americanos»...

—Han estado repartiendo esto durante mucho tiempo. ¿Os imagináis si la policía los hubiera descubierto?

—Desde luego. Oye, Peter, no irás a decirnos que tenemos que repartirla nosotros, ¿verdad?

Dusen sonrió.

—¡Claro que no, amigos! Pero tengo una idea estupenda.

—¿Cuál?

—Vamos a vaciar las cajitas en una bolsa que pediremos en cualquier tienda. Guardaremos la droga como prueba y compraremos harina, llenando las cajitas.

Uno de ellos preguntó:

—¿Y para qué hemos de hacer todo eso?

—Para repartirlas y cobrarlas. ¿Os dais cuenta? Cuando los clientes de Albert vean que se les ha engañado, irán a verle y armarán un jaleo de todos los demonios. Así podremos sacar a Claude del almacén y hacer que detengan a Albert.

—No es mala idea.

La pusieron entusiásticamente en práctica, cambiando el peligroso contenido de las cajas por harina que compraron en un almacén de comestibles.

Luego empezaron el reparto.

Desde el principio, les extrañó que la casi totalidad de los clientes

habitaban en el barrio residencial de la ciudad, en las casas más elegantes.

Todos pagaban sin protestar, sonriendo a los niños y justificándose, diciéndoles que se trataba de una medicina que habían encargado.

Ellos sonreían inocentemente...

Una de las veces, cuando acababan de salir de una casa, Harold, uno de los muchachos, dio un codazo a Peter.

—¿Qué quieres? —inquirió este.

—¿Te has fijado, Peter? ¿Has visto esa placa dorada que había a la puerta donde hemos llamado?

—No.

—Decía «Doctor Anderson». ¿No es el vicepresidente del Comité de Ayuda a los Jóvenes?

—¡Es verdad!

—Es gracioso que esa gente haya caído en las garras de Albert.

—Pues se llevará un disgusto serio uno de estos días. ¿Seguimos?

—¡Adelante, «Space Boys»!

* * *

John no se atrevía a mirar a la muchacha. Llevaban media hora en el coche, dando vueltas por la ciudad. Liberty le había explicado todo lo ocurrido desde que la vio por última vez y ella había expresado su desconsuelo al saber que el pequeño Claude estaba en peligro.

Por eso había insistido en que saliesen juntos a dar una vuelta para buscarle. No era que tuviesen muchas esperanzas, ya que la policía de la ciudad no había cejado ni un solo momento en la búsqueda del muchacho, pero tanto John como ella deseaban hacer algo: cualquier cosa menos quedarse cada uno en su habitación, esperando los acontecimientos.

Además, se encontraban muy a gusto cuando estaban juntos.

Bertha miraba por la ventanilla, sin dejar de fruncir el ceño cada vez que veía a un muchacho por la acera.

Pero cansada se volvió hacia Liberty y preguntó:

—¿Dónde se habrá metido ese muchacho?

—No sabe usted lo que daría por saberlo, señorita Santal. Lo cierto es que estoy desesperado y que juro que, si algo le ocurre a Claude, presentaré mi dimisión en la SIP.

—Usted hace lo que puede.

—¡Qué va! Mi deber era, desde un principio, haberme lanzado a fondo! ¡Sin contemplaciones! Pero he fracasado... me he dejado convencer por esa banda de vejstorios del Comité, por sus ridículas leyes, por su ceguera atroz.

—Ya vendrá la orden que espera de su jefe.

John se encogió tristemente de hombros.

Luego dijo:

—Ya ha llegado.

—¿Sí?

—Sí. Hay que esperar. El Consejo ha de consultar con el Comité, de una manera política. ¡Y mientras hay un niño cuya vida peligra a cada momento!

—No es justo.

—¡Claro que no!

Se mordió los labios y siguió viendo desfilar los transeúntes por las aceras. Hasta que de repente, dijo mirando a la muchacha:

—¡Se acabó, Bertha!

Ella abrió los ojos. No se dio cuenta de que él la hubiera llamado sencillamente por su nombre.

Y extrañada preguntó:

—¿Qué le ocurre a usted?

—¡Ahora va a verlo! ¡Al diablo con todas las leyes, todos los Comités y todo lo demás!

Aceleró tan de golpe que la joven se sintió aplastada contra el asiento.

—¿A dónde vamos?

Pero él no contestó. Y ella sintió un estremecimiento al ver que momentos después frenaban a la puerta del Star Club.

—Espéreme un poco aquí, Bertha. Salgo enseguida...

Y penetró en el establecimiento.

* * *

Claude comprendió que era completamente inútil volver a esconderse. Por eso, cerrando los puños, se quedó donde estaba, viendo cómo la puerta se abría y aparecía la silueta maciza de Albert, que le miró con una desagradable mueca que quería ser una sonrisa.

—Así que no me había equivocado, ¿verdad? ¡Estabas aquí, moreno!

—Sí.

—¿Y qué buscabas?

—Nada.

Albert frunció el ceño.

—Hay algo en tu voz que no me es desconocido... Voy a mirarte desde más cerca.

Claude retrocedió instintivamente, pegándose a una de las cajas que tenía a su espalda.

—No tengas miedo, amiguito... Lo único que quiero saber es lo que estabas haciendo aquí y por qué te quedaste escondido cuando los otros se fueron...

Claude no dijo nada.

Albert había avanzado y ahora estaba cerca de él, inclinándose para observarle mejor.

—¿Qué hacías aquí, moreno? —preguntó de nuevo.

Claude guardó silencio.

Y entonces, la mano derecha de Almorán salió disparada, cruzando el rostro del joven, que no pudo hacer nada por evitarlo, saliendo despedido hacia el otro montón de cajas del almacén.

—¿Vas a contestar, idiota? —rugió el expúgil, luego, mirándose la mano con la que había golpeado—. ¿Eh? ¿Conque un negrito de mentirijillas, eh? ¡Un negro pintado!

Se quedó mirando al joven, que ahora se estaba incorporando.

Y de repente gritó como un energúmeno:

—¡Claude! ¡Tú eres Claude! ¡El maldito chivato al que los «Americanos» están buscando!

Oris hizo un gesto hacia la puerta, que había quedado abierta; pero Albert fue más rápido que él y se interpuso en su camino, aprovechándose para lanzar un golpe al rostro del joven, que lo recibió en plena nariz, de la que empezó a manar abundante sangre.

Grito:

—¡Puerco! ¡Chivato! ¿Sabes que voy a matarte? ¡Pero a ti te mataré con mis propias manos! ¡Míralas! ¡Fíjate en estas manos que han aplastado muchos rostros y lanzado a muchos a la lona! ¡Te retorceré el pescuezo sin notar lo apenas!

Había acorralado al joven y se lanzó sobre él, golpeándole con saña al ver que Claude se resistía. Pero el muchacho no podía oponer resistencia seria a aquella masa de músculos.

Las manos de Albert se cerraron alrededor del cuello de Claude.

—¡Vas a morir, chivato! —rugió.

Se disponía Almorán a empezar a apretar cuando algo frío se posó sobre su nuca.

—¡Quieto, canalla! Suelta a ese muchacho o te hago saltar la cabeza...

Albert abrió las manos, volviéndose para ver a su adversario. Y no tuvo

más que mirar aquel rostro decidido para comprender que había perdido la partida irremisiblemente.

* * *

El doctor Anderson estaba sentado a su lado, en la parte anterior del coche.

Tenía puestas las esposas.

—Quiero —dijo John— que vea usted algo. Ya comprendo que fue la droga y el compromiso que por ella tenía usted con Albert, lo que le impedía ser franco conmigo y le indujo y obligó a obstaculizar la ley, haciéndose cómplice de Almorán y exponiéndose a lo que le ha ocurrido.

El coche corría por las calles hacia un barrio extremo. Y se detuvo cuando un muchacho les hizo una señal. John frenó a su lado.

El chico era Peter Dusen.

—¡Hola, señor Liberty!

—Hola, muchacho. ¿Los habéis localizado?

—Sí. Están en un bar, no lejos de aquí. Por eso le llamamos a usted.

—¡Sois unos valientes! ¡Vamos, sube!

El coche continuó su camino y cuando se detuvieron ante el bar que Peter señaló, todos los de su banda estaban allí.

Erwin se adelantó hacia el coche.

—Están ahí todos, comiendo y bebiendo.

John asintió.

—Quedarse aquí. Venga conmigo, doctor...

Penetró en el bar pistola en mano y apuntando a los «Americanos» que estaban al fondo, alrededor de una mesa, contando montones de billetes y bebiendo fuerte.

—¡Levantar las manos, amigos! —instó John.

Todos obedecieron menos Joe y el italiano, que sacaron sus pistolas, al mismo tiempo, intentando disparar. Pero Liberty se les adelantó y ambos resultaron con sus respectivas manos derechas destrozadas.

—Eso —dijo John, una vez en el coche y cuando la policía y la ambulancia se hubo ocupado de los jóvenes— es lo que han hecho usted y Albert. Han cultivado una juventud que iba por el camino de la delincuencia y que hubiera terminado convirtiéndose en lo que son esos dos muchachos: asesinos.

—¡No han matado a nadie!

—No sea iluso. Joe y Pietro serán juzgados como asesinos y es muy posible que vayan a la Cámara Electrónica.

—¡No lo creo!

—Pues puede creerlo. ¿Sabe quiénes eran los asaltantes del «William's»?

—No.

—Los «Americanos». Claude encontró en una de las cajas del almacén de su amigo Albert unos zancos especiales y las ropas con las que los muchachos se convirtieron en adultos. Por eso los testigos coincidían en decir que andaban de una manera rara... ¡Claro, no podían hacerlo normalmente con los zancos!

—¡Dios mío!

—No se acongoje ahora. Es demasiado tarde. Dos niños y un detective han muerto. Y la ley pedirá responsabilidades. No lo dude.

EPÍLOGO

Claude abrió los ojos enormemente, asombrado y con expresión de congoja.

—¿Es cierto... señor Liberty?

—Sí, muchacho. He presentado mi dimisión en la SIP.

—Pero ¿por qué? ¿Es que no le han perdonado el entrar en el Star Club sin permiso del Comité? ¡No me hubiera salvado entonces!

—No es por eso, muchacho.

—¿Entonces?

John sonrió.

—Voy a decírtelo a ti, Claude, porque tengo mucha confianza contigo: eres mi amigo y sé que cuando seas mayor deseas ser un agente de la Spacial International Police.

—¡Desde luego que lo seré!

—De acuerdo... Escucha, el motivo de haber presentado mi dimisión es porque voy a casarme.

—¿Casarse? ¿Con quién?

—¿Conoces a Bertha?

—¿La hermana de Pierre?

—La misma. ¿Lo comprendes ahora?

El chico movió la cabeza de un lado para otro.

—No mucho —confesó el joven.

—¿Por qué?

—Porque ya recordará lo que me ocurrió a mí con Paola.

—Eso es distinto —rió el agente—. Paola no fue más que un muñeco que Albert manejó para lo de la falda. Ya sabes que ella había recibido instrucciones de su hermano y éste de Albert. Así lograron que hiciésemos lo del almacén. Todo estaba combinado.

—¡Pues yo no me fiaré nunca de ninguna mujer!

—Bueno, hombre... ya veremos cuando seas mayor. De todos modos, no me guardarás rencor, ¿verdad?

—No.

—¿Me das la mano?

—Sí.

Se la estrecharon.

Y cuando John se alejaba exclamó:

—¡Eh, señor Liberty!

—¿Qué quieres?

—¿Sabe usted que se están organizando bandas de «Space Boys» en todos los barrios? Son muchachos que van al colegio, que se portan formalmente y que están dispuestos a defender la Ley en cualquier ocasión.

—Ya lo sé, amigo... Y cuando se lo dije a Callowan, se alegró mucho. Los «Space Boys» serán, sin duda alguna, la mejor cantera para los hombres que un día, al salir de ella, se alistarán en la Spacial International Police





¡LA RISA TONIFICA,

pero,

LA SONRISA

ENGENDRA

OPTIMISMO!

EL BEBE Y EL ACORAZADO

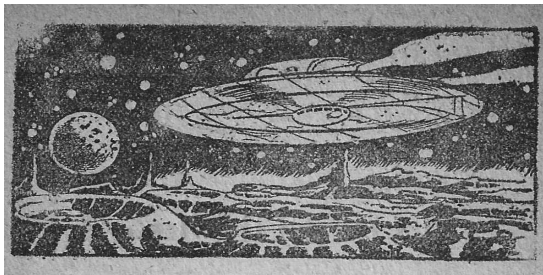
La original novela de ANTHONY THORNE ha cobrado vida cinematográfica, animada en los principales personajes por JOHN MILLS, RICHARD ATTENBOROUGH, LISA GASTONI... y un rollizo y simpático BEBÉ de seis meses.

EL BEBE Y EL ACORAZADO

Cáustica muestra del humor inglés, salpicada a trechos con las más brillante e intencionada chispa latina, será publicada próximamente, por

EDICIONES TORAY, S. A.

¡Un ramillete de sonrisas de ternura y de regocijantes situaciones!



¿LE GUSTARIA A USTED EXISTIR DENTRO DE CIEN, DOSCIENTOS O TRESCIENTOS AÑOS?

Sería fascinante, ¿no es cierto?

El medio de realizar este maravilloso sueño y de vivir AHORA los prodigiosos hechos que conocerán las futuras generaciones, se lo brinda la famosa

Colección E S P A C I O

Un mundo nuevo, atrayente y desconocido se abrirá para usted en cada uno de sus impresionantes relatos.

Colección E S P A C I O

Cada título es la intrigante y humana aventura de unos hombres que todavía no han nacido, en el marco incomparable de esos ignotos mundos, de los cuales, hasta hoy, sólo ha llegado hasta nosotros como un mensaje indescifrable, el parpadeante destello de su remota y misteriosa luz.

¡SI DE VERAS QUIERE USTED GOZAR DE EMOCIONES NUEVAS Y SOBRECOGEDORAS, ADQUIERA TODOS LOS VOLUMENES DE ESTA PRODIGIOSA Y ELECTRIZANTE COLECCIÓN!

¡UN REGALO DE HORAS FELICES!

GENTE ALEGRE

Del gran escritor americano

ROBERT TALLANT

La absurda y un tanto obesa señora Candy, el tímido e Inocente señor Petit, los turbulentos Blanche y Eddie y el imponderable fantasma del señor Candy son personajes que bajo el irisado prisma de un humor brillante y efectivo, desfilarán para usted en las alegres páginas de este magnífico volumen.

ASÍ QUE LO HAYA USTED LEIDO, LA VIDA LE PARECERA MAS ALEGRE. EL CIELO MAS AZUL, LAS FLORES MÁS FRAGRANTES Y SU VECINA MAS GUAPA.

No importa que ría usted con risa de conejo...

SI SE RIE USTED CON ESTE DIVERTIDO LIBRO... ¡TODAS LAS RISAS SON BUENAS!

Precio: 60'— ptas.

Es una selección literaria de
EDICIONES TORAY, S. A.



¡UNA HISTORIA DE GUE-RRRA RELATADA EN EL CRATER DE UN OBUS!

EL AGUJERO

Por

MICHEL TAURIAC

*Gran Premio Literario
de Indochina.*

La historia de un grupo de adolescentes sumergidos en el rugiente agujero de la guerra, con los pies en el barro y la mirada en las estrellas.

EL AGUJERO

Un relato de guerra distinto a todos. Un argumento lleno de poesía y sensibilidad, con escenas de crudo realismo y patética emoción, que tiene como fondo la trágica epopeya de las fuerzas francesas en Indochina.

250 páginas formato 13'5 x 20'5

Precio: 60 ptas.

Pídalo en todas las librerías y a

EDICIONES TORAY, S. A. - Teodoro Llorente 13

BARCELONA

COLECCION
DOCUMENTALES – DEL MUNDO



¡ENTÉRESE USTED, EN FORMA AMENA Y AGRÁDABLE, DEL VERDADERO, CÓMO Y PORQUÉ DE LOS GRANDES ACONTECIMIENTOS MUNDIALES!

SEPA USTED EXPONER LOS AUTENTICOS MOTIVOS DE TAN IMPORTANTES SÚCEOS CUANDO HABLE DE ELLO CON SUS AMISTADES.

¡HE AHÍ TRES MAGNÍFICOS LIBROS!

El Japón en la era americana
Por EDMUND W. EALLOT

¡Los frutos de la labor americana ante un país milenario!

Alemania, hora cero
por WALTER O. KNIITEL,

¡La verdad sobre la caída y resurgimiento de los alemanes!

Formosa, las tentaciones de la guerra
Por FERNAND GIGON
¡El último reducto de Chiang-Kai-Chek,
frente a unos poderosos, intereses!

¡MAS DE 200 PAGINAS CADA VOLUMEN, DE ELLAS 40 DE FOTOGRAFÍAS EN PAPEL CUCHÉ. FORMATO 18x24, ESPLÉNDIDAMENTE PRESENTADOS, CON SOBRECUBIERTAS EN COLOR!

¡Una Joya para su biblioteca! Por sólo 50 pesetas ejemplar

Alguna VEZ, AL DESPERTAR POR LA MAÑANA SE HABRÁ USTED PREGUNTADO...

¿QUÉ SIGNIFICA LO QUE HE SOÑADO ESTA NOCHE?

¿POR QUE LO HE SOÑADO?

LOS SUEÑOS

SU EXPLICACIÓN Y SIGNIFICADO

por NUSAN (2.^a edición)

Prólogo de A CHILLE D'ANGELO

("El Mago de Nápoles")

La interpretación y explicación de los sueños constituye, como la quiromancia, una de las ciencias más positivas y notoriamente aceptadas.

Esta INTERPRETACIÓN DE LOS SUEÑOS es, realmente, una obra digna y positiva, que presenta su compilación como base de investigación científica y ofrece la experiencia y convicciones del autor, gran estudioso y entendido en esta apasionante materia.

Con esta obra usted comprobará que la significación de sus sueños y pesadillas no es, frecuentemente, la que usted supone. Sus páginas abrirán a su espíritu interrogante todo un mundo de revelaciones y experiencias que definirán sus ocultas emociones y serán fruto de enseñanza para su porvenir.

Un tomo de 224 PÁGINAS

Pídalo en todas las librerías y a Ediciones Toray, S. A.,

Teodoro Llorente, 13 — Teléfono 35 60 00 - Barcelona

- 35.— Con el agua al cuello.— *Alan Star*
- 36.— Contrato fatal.— *Alan Comet*
- 37.— Muerte a distancia.— *Alan Star*
- 38.— El horror verde.— *Johnny Garland*
- 39.— ¡Muerte fosforescente!— *Johnny Garland*
- 40.— Garras invisibles.— *W. Sampas*
- 41.— Cráneo de plata.— *Johnny Garland*
- 42.— Rejas de arena.— *Alan Star*
- 43.— El signo de la momia.— *Johnny Garland*
- 44.— Fuego mortal.— *W. Sampas*
- 45.— Policía podrida.— *Alan Star*
- 46.— El planeta negro— *Johnny Garland*
- 47.— ¡Llega el Ku-Klux-Klan!— *Alan Star*
- 48.— La plaga azul.— *Johnny Garland*
- 49.— Agente femenino.— *W. Sampas*
- 50.— Cadáver en el espacio.— *Johnny Garland*
- 51.— La banda de los nictálopes.— *W. Sampas*
- 52.— ¡Callowan culpable!— *Alan Star*
- 53.— ¡S.I.P. contra la ley!— *Johnny Garland*
- 54.— Un gangster en la S.I.P.— *Alan Star*
- 55.— Tela de araña.— *W. Sampas*
- 56.— Trampa para caballeros.— *Alan Star*
- 57.— ¡S.O.S., Tierra! — *Johnny Garland*
- 58.— *Tráfico inhumano.*— *Alan Star*
- 59.— **Space Boys*.*— *W. Sampas*



El hombre ha dominado el espacio, pero la ambición, la maldad y el crimen han seguido a los abnegados pioneros que han posado sus plantas en los nuevos planetas.

Por eso la Tierra, para defender la Ley y la Justicia, ha creado una nueva fuerza: la **SPACIAL INTERNATIONAL POLICE**.

¡La mente más gigantesca jamás imaginada! Sus ondas mentales podían destruir el mundo, si así lo deseaba

EL SUPERCEREBRO

Al enfrentarse con él la SIP perdió sus primeras batallas.

¡UN ESTREMECEDOR RELATO
DE J. GARLAND!

S.I.P. SPACIAL
INTERNATIONAL
POLICE

6 PTAS

**EDICIONES
TORAY, S.A.**

En Argentina: 9 pesos